Número suelto ($5) CINCO PESOS. Suscripción mensual, $20

LA ACTUALIDAD

GUATEMALA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

MARROQUIN HNOS. EDITORES


Las amarguras de la vida.
Desde los principios de la Creación, el dolor ha sido el patrimonio de la mujer. A causa de los sufrimientos que le son peculiares, su delicado sistema nervioso está sometido a una violenta tensión y a un extraordinario desgaste. De ahí que los dolores de cabeza, la irritabilidad, el malestar general y el decaimiento físico sean tan comunes entre las damas.
Estas dolencias suelen presentarse con más frecuencia e intensidad durante los días en que se efectúa el proceso fisiológico mensual. Entonces la vida se convierte para la mujer en una verdadera tortura, sobre todo si además de sufrir ta es trastornos, se vé atacada por los cólicos que tan frecuentes son en esa época.
Por fortuna, la ciencia moderna ha logrado hallar un remedio realmente seguro para las dolencias femeninas. Ese remedio son las TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEINA (tubo con etiqueta roja.)
Todas las damas deben tenerlas siempre a su alcance, porque alivian rápida y completamente los dolores de cabeza, la depresión física, la nerviosidad, etc., y porque son el remedio ideal para combatir los trastornos que acompañan la proceso fisiológico mensual. Dos o tres tabletas, tres veces al día, durante tal período, alivian los cólicos, evitan el malestar y regularizan la circulación
BAYER

"LA ACTUALIDAD"

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

No. 254. Guatemala, 1º de noviembre de 1919. Año VII.



NOTAS EDITORIALES



EL CONCURSO DE QUEZALTENANGO

Oportunamente, en nuestros números anteriores dimos cuenta a nuestros lectores, de la amplitud que este año se había dado al concurso, en una explosión de entusiasmo y en un deseo laudable de no dejar decaer esa regata intelectual, sino hacerla cada vez, más y más importante y atrayente para los intelectuales, como alto exponente de cultura.

Esto contribuyó en mucho para que nuestros literatos se reanimaran y dejaran su tradicional apatía. Cerca de ochenta composiciones de los disitntos géneros exigidos por las bases se presentaron; y no obstante ese número ya muy halagador, lo jurados se vieron precisados a declarar desierto el lugar de la flor natural, ya sea porque nuestros poetas no concurrieron o porque sus trabajos, hechos sin inspiración o simplemente al correr de la pluma, no llenaron los requisitos necesarios a juicio de las personas que compusieron el jurado, cuya competencia e imparcialidad son de todos conocidas.

Por lo que hace a las composiciones en prosa si las hubo, y de relevante mérito, a juzgar por lo que en extensa carta nos indica nuestro corresponsal de la metrópoli altense. Nos dice con alguna más variación de datos, que el debate para adjudicar los premios de los cuentos fue muy reñido, porque había varios muy buenos, triunfando los llamados: **"Oto binco, Mamá"** del Lic. Francisco Quinteros Andrino con el primer premio, y **"El último milagro"** de Carlos Wyld Ospina con el segundo.

El primero ofrecido para las composiciones teatrales, se le adjudicó a la comedia **"La Revancha"** de la joven poetiza Luz Valle y el segundo a la obra **"Estrella"** de Drago Braco, quien se llevó también el oremio de La República, ofrecido para el mejor diálogo, advirtiendo que entre éstos, había otros también de mérito, que pudieron obtener un segundo premio a haberse dispuesto así.

Ya se está pensando, nos dice el mismo corresponsal, en la impresión ofrecida, que talvez lleve al frente de cada composición, el fotograbado correspondiente al autor; y en la representación teatral de la comedia y el diálogo.

Como no hubo premio acordado para la flor natural y por consigniente no habrá gastos que afrontar para que el poeta laureado concurra personalmente a recibir el premio y escoger por sí mismo a la Reina, esos fondos se destinarán para el ingreso anual de los fondos del concurso venidero, de acuerdo con lo que a ese efecto dispuso su creador Señor Barrientos.

Nos alegramos del feliz éxito del concurso, y felicitamos efusivamente a los literatos premiados y también al joven poeta Carlos Samayoa Aguilar, cuya composición nos dicen que es muy bonita y obtuvo una mención honorífica, deseando que lo sucedido con la flor natural, en vez de desaliento sea motivo para empeñarse más en producir bueno en calidad para disputar el año entrante el codiciado premio.

Nos habla así mismo en su correspondencia nuestro amigo altense, de la buena acogida dispensada por toda la sociedad a los deportistas del Hércules, que efectivamente han regresado muy complacidos, y del merecido triunfo obtenido por ellos, pues se encontraron con un equipo quezalteco de primera, que les disputó afanosa y valientemente el laurel de la victoria.

Festivales tan cultos como estos, acercan los corazones y derriten el hielo de prevenciones añejas e injustificadas. La juventud, como siempre, es la porta-lira de los progresos y las fraternidades, la que rebozante de anhelos y de ideales, toma iniciativas y arrastra a las msaas.

Bendita primavera de la vida.

CRONISTA.

EL ETERNO PROBLEMA DE LOS CAMBIOS

Ya no son sorpresas para nosotros las alzas repentinas de los cambios sobre el extranjero. Se suceden con tanta frecuencia y tan sin motivos aparentes, que en ese extraño juego de sube y baja, ya nos hemos acostumbrado a ver no el resultado natural de una situación determinada, sino una combinación llevada a cabo con fines determinados, importando poco que haya víctimas y quiénes sean ellas.

Sentado esto, que es altamente censurable, falta conocer a aquellos que con manga tan ancha, se permiten lucrar con todo un pueblo.

La baja persistente de los cambios en días anteriores, creó una situación anormal para muchos, que así se vieron menoscabados en sus empresas, calculadas bajo el supuesto de determinada situación de alza: tales son los agricultores y los comerciantes. A esa baja hubo de sumarse como uno de los factores negativos y fatales, la carencia de moneda circulante, o en otras palabras, de billetes para las transacciones.

Cuando las cosas estaban así, el Diario de Centro América, Excelsior y los demás diarios de la localidad, señalaron el hecho insólito, de haber aparecido algunos de los alarmistas, comprando oro en grande escala a 22.50 y 22.80 por uno. Inmediatamente, determinados grupos de agiotistas elevaron tipos y pretendieron alzas. Y el sólo anuncio de nuevos vaivenes como los de los días pasados causó un pánico verdadero.

Simultáneamente al aparecimiento del pánico, se hizo constar por esos mismos periódicos, el hecho revelador de varios Bancos, que estaban pagando en oro algunos créditos, no por excepción o como aislado, sino como resultado de un cálculo preconcebido.

Como razón se dio al público, la de que las huelgas de los Estados Unidos, han afectado nuestro mercado; pero esa razón es especiosa.

No está lo grave del cambio, en determinado tipo, sea alto o bajo, porque si fuera estable, a él se acomodarían seguramente las transacciones y todos podríamos echar cuentas galanas sobre él. Lo grave está en que subiendo unas veces sin motivo aparente y bajando otras sin razón lógica, el equilibrio comercial y fiduciario se pierde y no hay cálculo posible que pueda basarse, sobre la instabilidad, como no hay equilibrio posible en la balanza que carece de fiel.

Ya se ha dicho mucho, pero es bueno repetirlo, que en tanto no se procure arreglar la situación financiera, esas desagradables sorpresas, no dejarán progresar la agricultura, ni por consiguiente nuestro comercio podrá calcular sus ventas.

B. L. M.

ASUNTO ESTEVEZ

FE DE ERRATAS.

En la segunda parte del articulo "Asunto Estevez" del número anterior, página 6, tercer párrafo, donde dice cavic, léase **cavie**, que es cabalmente la palabra italiana cuyo significado se ignora.

AL MARGEN DE LA VIDA DEPORTIVA

Ninguna de lás ocasiones que han sido ni de las actuales sin exceptuar a ingleses y americanos, ha llegado a poseer el vigor de la extinguida raza helénica. Ni los romanos sus discipulos y herederos, llegaron tampoco a igualar al pueblo griego, cuya fuerza se manifestaba no sólo en la parte puramente material, sino en la moral, intelectual y artística.

Para llegar a ese ideal de perfección el pueblo adoptó los Juegos Olímpicos que se celebraban en honor de Júpiter en la Ciudad de Olimpia durante las olimpiadas, los istmicos en honor de Neptuno en la Ciudad de Corinto; los pitros o piticos en Delfos en honor de Apolo y los nemeos en la Ciudad de Nemea en honor de Hércules. Sólo los griegos han sabido embellecer la vida, uniendo en feliz consorcio la inteligencia y el cuerpo para obtener un resultado: el vigor. Entiéndase el vigor bien equilibrado en todas y en cada una de las partes del cuerpo humano y en diversos órdenes de idea. Hasta su último día, los griegos celebraron sus fiestas con juegos en que campeaban por igual, los dones de la fuerza, de la destreza, del valor de la belleza, de la inteligencia y de la imaginación.

Era tanta la importancia que el griego daba a esta clase de diversiones, que los triunfadores en la lid, eran considerados como héroes, sus nombres inscritos en un registro especial, y aunque las varias ciudades estuviesen en guerra, celebraban paces o armisticios para entregarse a sus deportes.

En la época de las luchas cuerpo a cuerpo, y el heleno para triunfar en la guerra, necesitaba ser ágil y vigoroso. Allí triunfaron los grandes atletas, uno de los cuales, Milón de Crotona por su extraordinaria fuerza, fue celebrado en la antigüedad y su fama ha llegado hasta nosotros.

No se crea, no obstante, al decir fuerza, que esos atletas eran hombres cinicamente altos y de músculos desproporcionadamente desarrollados. No. Su fuerza se basaba en la regularidad de las formas y en el equilibrio muscular, de donde resultaba que cada miembro y cada músculo, era tan fuerte, ejercitado y vigiroso, que el conjunto prestaba irresistible potencia.

Podemos aducir una prueba fehaciente de nuestra afirmación, observando la belleza y regulairdad de formas del Hércules, Farnesio de Fidias que poseemos afortunadament.

Pues bien: nosotros los modernos cultivamos hoy las facultales intelectuales a expensas de las fuerzas físicas, y si bien con ello hemos obtenido gran desarrollo del cerebro, hemos degenerado en lo materíal, al punto que las razas se achican mas cada día en su estatura general, somos flácidos y débiles y nuestras constituciones son enfermisas.

A continuar así, dentro de algunos siglos la humanidad será liliputiense y plagada de dolencia.

Como una protesta al exceso de intelectualismo y como una defensa contra la debilidad, el agotamiento y la exhaustez, han nacido los deportes.

Hay que decir que limitándose el furor de la moda a los solos juegos de foot-ball, base-ball, rougbee y los demás similares, son incompletos, porque solo habituan ciertos miembros, y faltan los otros, que como la natación, la equitación y la esgrima dan elasticidad a otros músculos, procurando aquel la higiene del cuerpo, el otro el equilibrio y el último

adiestrando la vista y desarrollando la inventiva y la combinación.

Nuestros Clubs debian tener en cuenta esto, apra ampliar sus ejercicios creando por ejemplo, regatas en el lago de Amatitlán, restableciendo las carreras del Hipódromo y creándo la escuela de esgrima y tiro al blanco.

Ninguna oportunidad mejor que su instalación en las próximas fiestas de Minerva, y a ello invitamos a nuestros jóvenes luchadores, ya que con las repetidas victorias del Victor y la reciente del Hércules, la afición cunde en el país entero, la moda se impone y cuando esto sucede, todo es fácil.

X. Y. Z.

PALABRAS DE COMENTARIO

Tenemos el gusto de honrar las columnas de nuestro semanario, con la reproducción del interesante folleto escrito en San Francisco California, por el talentoso literato, Lic. don José Rodríguez Cerna, con motivo de la reinauguración del Asilo Joaquina Maternidad. Por los conceptos elevados que encierra y por la forma en que está escrito, no dudamos que su lectura será de muy grato interés para nuestros abonados.

Estas líneas son un breve comentario a las hermosas, sentidas y profundas palabras que el Señor Presidente Constitucional de Guetamela, Doctor don Manuel Estrada Cabrera, pronunció al reinaugurar, el 21 de agosto de este año, en la Capital de la República, el Asilo de Maternidad que lleva el nombre de Joaquina, es decir, el nombre sagrado de su santa madre.

Colocamos nuestras marginales en la serenidad de ese mármol mental; de esas frases que quedan como un frontón pentélico decorando un edificio de caridad y de amor, en el que han sido asistidas 3,378 enfermas y nacido 2,554 niños.

Siempre fueron nobles las palabras de Estrada Cabrera, porque siempre las colocó a la altura de su corazón Pero más que nunca, ahora tuvieron alas; ahora que, tras el más trágico de los terremotos, hace surgir el Arca del porvenir de ese Asilo, como el Arca bíblica después de la tempestad. No lo abandonó ni en la noche misma en que la Nación quedaba decapitada en su capital. La Estrella nunciadora no dejó de brillar un instante sobre los niños que nacían, entre vuelos de esperanza y tibio calor de protección.

Es admirable en nuestra América convulsiva este Gobernante que tiene el supremo dón de enternecerse; que en una época de hierro sabe, como en una parábola, rodearse de niños; que da a la escuela el tierno antecedente de la cuna, para dar después a la cuna la luminosa continuación de la escuela. El sabe oir, como Guyau, "el dulce ruido de los piecesitos del niño". Sociólogo que no ignora ninguno de los grandes principios de la ciencia contemporánea, que es el primero en llevar a la práctica, pone en las austeridades oficiales un suave destello de simpatía Este estadista que posee, como Richelieu, la sagacidad y la fuerza y que, como Pericles, tiene su Parthenón, conoce el bello gesto de acariciar cabecitas infantiles, posando una mano de bondad en los rubios trigales del porvenir

Hay claridad de aurora en sus imperecederas construcciones políticas. Defiende a la Patria en las fronteras al mismo tiempo que vela por los ciudadanos del futuro. A golpes de riel y de escuela hace la luz. En las bayonetas de Guatemala tiemblan rosas. Los adorables batallones de mi adorado país cantado por himnos de sol, están bajo la advocación de Minerva inmortal. Por cada cuartel se levantan veinte escuelas. Pestalozzi y Froebel llevan entorchados de general. Por eso Estrada Cabrera es dueño de los más puros aplausos. Soldados de diez años le presentan armas. Ya el inmenso poeta Chocano le dijo:

".....Como al César los hombres que morían, hoy los hombres que nacen, te saludan!"

* * *

El orígen de este Asilo, que no pudo ser otro que el corazón de una madre, es para referirse en la dulce forma de un cuento: érase una vez una anciana..." Celeste piedad por las mujeres sin refugio próximas a tener hijos sin amparo, embelleció de misericordia los últimos años de doña Joaquina Cabrera de Estrada. Fue como un temblor de oro en un poniente de plata. Ella, que cuidó en honrada pobreza el sueño del hijo amado y se impuso virilmene a la vida para convertirlo en luchador, primero, y verlo vencedor, después; ella, que conoció los duros días en el hogar humilde y libró victoriosa los combates por el techo, el vestido y el pan..... tuvo en su bendito ocaso una florescencia sentimental, encontró intacta bajo la nieve la viña de sus generosidades y tendió la mano, que los años hacían venerable y la caridad tornaba augusta, a las mujeres sin recursos que, como ella antes, padecían los sublimes dolores de la maternidad; y en un gesto que Vicente de Paul aplaudiera, fundó ese Asilo que, para honra suya y de la Patria, despliega otra vez sus pabellones como oras tantas alas protectoras.

Su hijo ilustre —la joya de sus

legítimos orgulos de Cornelia— continuó y sostiene la obra inmeperccedera. El patriota obedece los dictados del deber; el sociólogo desarrolla una labor de elevado alcance nacional; el hombre de corazón sigue sus propios impulsos; pero el hijo amoroso, que siempre honró las canas de la inmaculada altura, cumple con el mandato maternal. Es, para citar la frase de nuestro Soto Hall, "el mantenedor del fuego sagrado". El recogió esa herencia de madres y de niños, de sonrisas y de dolores.

Al reconstruir el Asilo ¿no obedeció acaso a la voz amada que le envió su recomendación desde el infinito? Ni aun caido dejó de funcionar. No naufragaron las tiernas naves en las olas de la tierra embravecida, en la marea océanica de la Naturaleza. En los terribles instantes "se improvisó una barraca, dice Soto Hall, y la previsión que ha sido norma en el desarrollo evolutivo de ese Establecimiento, permitió que hubiera abundancia de elementos para dotarla de todo lo necesario y seguir la Institución su marcha corriente, cuando más se hacían menester sus auxilios y más imperioso era su funcionamiento. La persona encargada por la Cruz Roja de velar por las futuras madres, en aquellos dias, recogió a una gran cantidad de mujeres que en el momento en que eran manantial de la vida, sólo esperaban la muerte en el desamparo de una barraca. Las condujo al Asilo, y con ser éstas muchas, todas hallaron los cuidados y las atenciones que su condición delicadísima reclamaba."

Así el Mandatario pudo con íntima emoción y filial ternura, evocar en el momento solemne de reinaugurarlo, la imagen de aquella que lo fue todo para él y cuyo recuerdo lo alienta, sostiene y fortifica en la diaria y sobrehumana lucha; por eso le fue dado asociar el nombre amado a una festividad tan elevada y tan bella, tan simbólica y tan práctica a la vez, dando un delicado calor de hogar a esa fundación nacional; por eso continúa así festejándola en el aniversario de su cumpleaños, con el agasajo de que ella gustaba mejor, es decir, cuidando de esos ñinos y de esas madres que ella le confió y que él deposita como una corona de flores que aromaran su tumba.....

Una lejana bendición acompañaría las primeras conmovedoras palabras del discurso de Estrada Cabrera:

"Permitidme que, haciendo violencia a mi personal modestia, al felicitar a Guatemala me felicite a la vez por la terminación de este Instituto, que tantos bienes habrá de producir y que entraña, para mí, nada menos que el recuerdo de ella, pero antes que esto, representa el ideal generoso que siempre persiguió y que le hubo inspirado la presencia de las penalidades que hemos sufrido los que desheredados de la fortuna, comenzamos la lucha de la vida con todas las inclemencias de la naturaleza y los desdenes de la humanidad."

¡Qué hermoso y qué sentido este homenaje que un hijo rinde a los ideales y a la memoria de su madre! ¡Qué orgullo de ultratumba, si en ultratumba puede haberlo, el de esa madre que por sendas de sacrificio supo dirigir a su hijo en el constante cumplimiento de su deber! ¡Y qué ejemplo cuando el que tributa ese homenaje es el Primer Magisrtado de la Nación!

Pagado ese filial tributo, dominado ese legítimo desahogo, el Presidente se eleva sin esfuerzo a las más puras regiones de la ideología, en un esbozo que hace presentir el cuadro, al grave problema de la protección a la infancia y a la influencia decisiva que su adecuada resolución ejerce en los destinos nacionales:

"No es una novedad, exclama, la que presente hoy al afirmar que en las altas concepciones del Derecho moderno, éste trata de servir al hombre aun antes de ser persona y de

venir al mundo; que le prepare todo lo que necesita para formar un sujeto digno de la existencia y para que conduzca a sus progenitores por el sendero del deber a fin de que cumplan bien y honradamente la elevada misión de conservar sana y honesta la vida de la humanidad; que exija por lo mismo para la procreación legítima, capacidad física, intelectual y moral; que convierta en leyes los preceptos de la Ciencia para llenar aquellos altos fines; y que tomando al hombre en seguida bajo su tutela, desde la concepción hasta el paso de la vida real, es decir, su nacimiento, lo rodee de cuanto ha menester a un desarrollo armónico que le asegure las condiciones necesarias a su relativa felicidad."

Transcribir tales palabras es ya comentarlas de la única manera posible: con el aplauso. La elevación del pensamiento se embellece, después con gratos acentos de poesía:

"Dentro de estas consideraciones, cabe afirmar también como verdad inconcusa, que la Beneficencia ejercida en sus diferentes fases no nace propiamente del favor, sino que obedece al cumplimiento de un deber y a la satisfacción de un derecho, reclamados por la humanidad para su vida; y que cuando, como hoy, se presenta a la socoiedad una Institución que de manera directa ampara a los niños y a las madres, no hacemos otra cosa que iniciar el cultivo cariñoso debido a la infancia, esa floración sagrada de las generaciones nuevas que constituyen el primero de los dones más preciados de la Naturaleza: lo más bello de todos los ensueños que acariciar pueda la imaginación: lo que únicamente lleva la luz divina que anima al hombre y que lo acerca a su Creador; lo que hace inmortal la especie humana; y lo que, en fin, envuelve todo lo que somos y valemos en la peregrinación difícil y dolorosa que llamamos vida."

Es algo inesperado en el graso ambiente de nuesras democracias este hombre público que sabe esculpir tales amables bajo relieves de ideal y baña de sol sus entusiasmos. Esos períodos constituyen ciertamente un programa que, desde luego, cuenta con la aprobación agradecida de l madres y que subscribirían sin dificultad todos los partidos. No hay rivalidad que no calle ante la protección a la infancia: la paternidad suprime todas las divisiones. Ante las cunas, el odio mismo se convierte en fraternidad. No es posible que existan diferencias cuando se trata de la vitalidad del país, del cuidado y desenvolvimiento de sus más preciosos gérmenes.

Guatemala obedece de manera eficaz al gran mandato de la conservación de las especies, tutelando los plantíos en que están en potencia todas las cosechas del futuro, las venideras energías de la Nación. Mientras en otras partes las ciegan, nuestra Patria cuida del caudal de sus corrientes vitales. Por sus campos se riega un matutino trinar. Madre sin recursos, doliente madre: tienes quien te proteja y brazos que reciban al tierno fruto de tus amores. Le espera la caricia de suave cuna y de blancos linos. No temas por él: es el hijo adoptivo de Guatemala.

Es la patria la que nace y se extremece en este Asilo, sobre el que se tiende un tenue velo de consolación y vibra un grato gorjear de esperanza. Protegiéndolo, es ella misma la que se proteje. Acrecienta su fuerza y acopia su riqueza porque, como profundamente dice Estrada Cabrera, "la verdadera riqueza pública consiste en la conservación perfecta de la niñez" y "todo lo demás es secundario." Tal concepto del gran Gobernante guatemalteco es científicamente cierto y trae por tierra, robustecido con la estadística, un malthusianismo estéril y arcaico, que en último resultado no es sino la fórmula de una infecundidad egoísta.

"De la misma manera, asegura un autor, que una mayor fecundidad aumenta la nitensidad de la vida física y mental de una Nación, aumenta asimismo la intensidad de la vida económica, y activa la circulación de la riqueza; acrecienta, en fin, la suma

de riquezas públicas en vez de disminuirla. Esto es lo que hemos visto producirse en Alemania y en Inglaterra, donde la riqueza pública ha crecido paralela a la población."

Puede agregarse que esa conservación de energías, de fuerzas productoras, a que se dedica tan celosamente el insigne Presidente de Guatemala, es una obra de tanta mayor trascendencia cuanto que se efectúa en un país de escasa población y en el que domina todavía, en gran parte, la virgen omnipotencia de la Naturaleza.

En esa obra están los labradores, los industriales, los artistas, los sabios, los soldados del futuro. En ella palpitan todas las posibilidades y en su realización se desenvuelve una inagotable perspectiva de esperanza, de riqueza y de gloria. La Patria hace tibia su atmósfera para que el embrión no se malogre y alfombra sus caminos para que no se lastimen las plantas de los pequeños legionarios que perpetuamente avanzan.

Es la eterna ley universal de protección y de amor; es el principio fundamental de la vida, el que constituye la afirmación suprema. La conoció el mundo recién nacido: la primera cuna tuvo ya la sonrisa de la primera aurora.

En los amaneceres indecisos de la Historia, cuando todavía estaba en el horizonte un áureo resplandor de leyenda, se inclina ya sobre un vagido de niño una piedad de mujer. La maternidad nace con la luz: ¿no es la luz una mtaernidad también?

Los ibis sorprendidos detuvieron su vuelo sobre los juncos, a la sombra de las Pirámides, ante la grácil figura de la princesa egipcia que en las márgenes del Nilo salvó una inocencia dormida. Y nada hay más bello porque nada hay más delicado en las fuertes páginas del Antigno Testamento endurecidas en las fraguas de Dios, que esta hija del Faraón tomando entre sus brazos de virgen, trémulas del instinto sagrado, el pequeño cuerpo de aquel que más tarde se envolvería en la túnica de llamas del Sinaí y en cuyos oídos se extremeció el trueno de la palabra del Señor.

Leche de loba gotea en el nacimiento de Roma. El agreste misterio de los bosques y de las rocas calló enternecido ante el animal que dio sus pezones a la avidez de los Gemelos fundadores. Ante la debilidad inerme hubo en el hocico bravío de un ensayo de sonrisa y en las garras sangrientas una bondad de protección.

Y al legar la plenitud de la gestación mesiánica, cuando todos los botones de la leyenda y del milagro tuvieron el divino florecer de Belén, la Estrella de los Magos enjoyó con su bienvenida el humilde portal en que las pajas del pesebre como que querían hacerse de seda bajo la dulce presión del Niño Jesús. Sobre toda una cuna destella una claridad; todo niño tiene la anunciación de una estrella, viene precedido de un heraldo de luz. Es la participación del Universo en el santo deliquio de las madres, la bienvenida de los astros al que de ellos viene, como si el rosal de los cielos se deshojara sobre su frente.

La infancia nace desamparada. Es una desnudez que tiembla. Pero todo vela en torno de ella: en la formidable máquina del mundo palpita un corazón maternal. La Naturaleza conserva sus gérmenes, vigila los inciertos pasos del que llega, proteje contra los vientos hostiles la vacilante luz.

Su esfuerzo de Hércules ahoga las serpientes cerca de las cunas indefensas. Proteje lo mismo el abrirse de los ojos que el reventar de los capullos. Por eso los iniciales balbuceos, la sorpresa del que viene todavía lleno del misterio del más allá, encuentran ora cariño de princesa, ya ternura de loba —ya tibio alentar, manso y callado, de una mula y de un buey.

Se acusa a la Vida y a la Civilización de indeferentes: la primera da la respuesta de sus nidos; la segunda contesta en Guatemala con su Asilo de Maternidad. La Vida saluda su propio y perenne amanecer con diana de trinos; el Asilo la recibe entre una delicada abundancia de cunas, de linos, de encajes y de biberones. Hay suavidades de maternidad en las manos del Estado al recibir los frágiles vasos en que está contenida la esencia suprema. Es este un apostolado de fragancia y de amor que conoció santa Isabel de Hungría.

El nacimiento, el perpetuo devenir de todos los días, es la afirmación vigorosa y rotunda. Jamás falta el estallido de los botones en el vasto jardín universal. La muerte misma no hace sino abonar el futuro, echar su negro humus al pie del ro-

sal para que arriba cante la gloria de las rosas. La agonía de hoy es la sonrisa de mañana.

Todas las víctimas se escapan a la muerte, que en vano quiso retenerlas. Al otro extremo del negro túnel espera vigilante el sol. No temáis por el niño que expira: la pequeña mariposa volverá; no miréis con terror ese cadáver, porque en él está palpitando la vida. La rosa perfuma, el niño sonríe, el pájaro canta: son vibraciones de la misma onda cálida, la unidad del todo en la trinidad de las formas: sobre el mismo tallo de la Naturaleza una triple flor.

En el niño, —sonrosado resumen de lo más bello,— están, sobre todo, las más divinas promesas. Esa manecita que quisiera asir el errante rayo de sol que viene a besarla a través de una ventana, puede empuñar el mundo. Ese balbuceo que sólo comprenden los ángeles y las madres, será, acaso, la justicia hecha verbo, la columna de fuego que lleve a plantar las tiendas frente a la eterna esperanza de la Tierra Prometida. Mañana amparará a los oprimidos esa Miss Cavell de seis meses; florecerá en églogas ese posible Virgilio que ahora se duerme con el biberón en la boca; y para los Napoleones de un año se incendiará el horizonte de Auterlitz. No se sabe qué mensajes traigan los recién venidos, la pequeña parvada que se posa en el hombro de Jesús; no se sabe qué alas palpitarán en los bracitos en que hay hoyuelos modelados por invisibles besos.

Protejerlos; que no empiecen conociendo el lado amargo y negro de la vida; que encuentren cariño convertido en amparo; que no se marchiten prematuramente los matinales capullos; que se les limpie el cielo para que sobre ellos brille más azul. Es la misión más previsora y más alta, —y la más conmovedora también. Su cumplimiento tiene incalculables alcances, proyecciones que penetran, iluminándolo, el porvenir, De su acertada resolución depende la de la mayor parte, por no decir de todos, los problemas nacionales.

Más que nadie lo comprende así Estrada Cabrera, que tiene arraigado el amor a la niñez,— es decir, a la Patria,— como el primer estímulo de su pensamiento y el primer impulso de su corazón. Así lo demuestran palabras de sabiduría y de belleza, en las que palpitan la bondad de un propósito y la firmeza de una convicción. En este caso, sus disciplinas científicas, sus desvelos de estadista, están conformes con su más íntimo sentir. Y así, al desarrollar su amplio programa previsor lo hace de acuerdo consigo mismo, satisfaciendo sus personales anhelos, aquellos que en él fortificó el santo ejemplo materno. Al magnificar el ideal patrio, Estrada Cabrera mantiene el estandarte sin mancha de su propio ideal.

El Asilo se eleva, como un colmado nido, en la radiosa plenitud de un campo. El aire lo acaricia con sus abanicos; el sol le da su bendición de oro. En los vecinos boscajes salpicados de quintas que se alegran a la vera de los bulevares, hay un gozo de amanecida. En los aleros dijérase un piar de golondrinas que inmigraron hacia el calor primaveral de la vida.

La reconstrucción del Asilo fue como en el milagro de un cuento. Boca de sultana persa podría afirmar que gnomos y hadas trabajaron. en el plateado silencio de la noche tropical; y bien encuadraría, dentro del marco de oro y rosas de una leyenda cristiana, el grupo de ángeles que trajeron pajas para el nuevo nido.

Nada pudo el terremoto contra la fuerza de la debilidad inocente; se quebró el tallo, pero se salvó la flor. Sobre las ruinas del templo levantó de nuevo la pureza de su mármoles el más blanco altar. La convulsión de la catástrofe no hizo sino mecer las cunas en el vaivén de un sueño. No quedaron exhaustos los senos fecundos; la dulce tutela siguió velando cerca de la infancia que dormía en los tremendos brazos de la Naturaleza.

Las ruinas se cubrieron luego con un tierno retoñar de vidas, mientras pronto vibrara el trabajo reconstructor sus esfuerzos al impulso de un alma generosa y de una voluntad indomable que ni un instante abandonó a los niños, ni aun cuando sobre sus hombros de Anteo gravitaba el peso de todas las angustias y de todos los problemas de la República.

Luego se levantaron los muros y se tendieron los artesonados techos para abrigar a "esas flores siemprevivas en cuyo cáliz se mantiene la imagen del bien en su base fundamental: a esas flores alimentadas por el rocío que producen las lágrimas de toda la humanidad representada por la madre: a esas flores que ofrendaron al Señor para pedirle pan y fortuna: a ellas que simbolizan todas las esperanzas que hacen la dicha de la existencia, o cuando menos, dulcifican sus amarguras", como con soberana y cálida elocuencia dice Estrada Cabrera.

En la noche del 25 de diciembre de 1917 fue la pavorosa tragedia sísmica; y desde el día siguiente al 15 de agosto de 1918, en que se inauguró gran parte del nuevo edificio, ingresaron al Esablecimiento 244 enfermas, nacieron 191 niños y se practicaron 21 operaciones; y de esa fecha a la misma del corriente año fueron 404 las enfermas asistidas y 252 los niños que nacieron. La diferencia de las cifras se explica porque allí se presta asistencia a enfermedades ajenas al parto, aunque siempre dentro de la índole del Establecimiento.

Hasta ahora, el costo del nuevo Asilo es de $96,655 oro americano: se calcula que con otro tanto quedará completamente reorganizado. No entraremos en detalles descriptivos. Ese admirable Instituto cuenta con todos, absolutamente todos los elementos que su altísima finalidad re-

(Pasa a la página 41).




INFORMACION MUNDIAL

LA VICTORIA EN EL MAR

Por el Contra-Almirante William Sowden Sims, Jefe de la Escuadra Americana.

Cuando Alemania esaba ganando la guerra.

A fines de 1917 me radiqué en Newport como presidente del Colegio Naval de Guerra, y estando alli recibí un mensaje del Departamento de Marina en que se me llamaba inmediatamente a Washington. La forma en que estas instrucciones estaban concebidas mostraban que algo extraordinario estaba a punto de suceder. Las órdenes rezaban que yo debía llegar de la manera menos ostensible que se pudiera; que guardara en secreto mis movimientos, y que con este fin no me presentaria en el Departamento de Marina sino que telefonearía a las oficinas centrales mi llegada. Pocos minutos me bastaron para explicarme por qué me habían llamado. Parecía probable que pronto estariamos en guerra con Alemnaia. El Embajador Page había cablegrafiado que en las circunstancias actuales la Armada Americana debía ser representada por un oficial de rango más elevado que el de los que entonces se encontraban en Inglaterra. El Departamento quería, por tanto, que yo saliera inmediatamente a ponerme en contacto con el Almirantazgo Británico, y que averiguara el modo más rápido y mejor de cooperar en la guerra naval. Como técnicamente estábamos todavía en paz con Alemania, Mr. Daniels insistió en que no se debía dar publicidad a mis movimientos. En apariencia iba a permanecer como Jefe del Colegio de Guerra, y para no despertar sospechas, mi esposa y familia continuarían ocupando la residencia oficial del presidente. Yo tenía que embarcarme en buque mercante, viajando bajo un nombre supuesto, y con traje de paisano para no exhibir uniforme. Al pasar el mar me iba a poner en el acto en comunicación con la armada británica, enviando a Washington informes detallados de las condiciones existentes.

Dos días después de esta reunión en Washington, dos caballeros de apariencia común, vestidos de civiles, se embarcaban en secreto en el buque americano New York. Figuraban en la lista de pasajeros como V. J. Richardson y S. W. Davidson. Un día o dos más tarde, un camarero observador notó que las iniciales de las pajamas de uno de los pasajeros eran diferentes del nombre de la persona que se había hecho a la mar, e informó al capitán por considerar a aquel tipo como sospechoso. El capitán, se rió tranquilamente del descubrimiento, ques sabía que Mr. Davidson era el Contra-Almirante Sims, de la Marina de los Estados Unidos, y que su compañero con su colección de iniciales discordantes, era el Comandante J. V. Baboock, ayudante del almirante.

El viaje en sí no tuvo nada de particular, pero en el poco tiempo que estuvimos en el océano se hizo mucha historia. Dos días antes de que el buque llegara a Inglaterra, el Presidente Wilson se había presentado al Congreso Americano pidiendo la declaración de un estado de guerra con Alemania. Que el estado de guerra se comprendió cuando nos aproximamos a Liverpool, pues en el ante-puerto nuestro barco fue minado. El daño no fue irreparable, pero los pasajeros fueron trasbordados a otro buque, y llegamos salvos al puerto, donde encontré a un representante del Almirantazgo Británico, el Contra-Almirante Hope, que me esperaba para recibirme. El Almirantazfo había previsto un tren especial, en el que salí inmediatamente para Londres.

Siempre que pienso en la situación naval tal como se hallaba en abril de 1917, se me presentan a la imaginación dos cuadros que contrastan: el del público británico tal como se presentaba en la prensa y en las reuniones sociales de Londres; y el otro, el de la oficialidad británica tal como se me representó en las conversaciones confidenciales como tuve con los estadistas y los oficiales navales de Inglaterra. En su mayor parte, los periódicos ingleses publicaban manifestaciones optimistas acerca de la campaña submarina alemana. Por lo general no abrigaban la idea de que esta nueva forma de piratería en realidad amenazaba hasta cierto punto la seguridad del Imperio Británico. Esas declaraciones animadoras iban acompañadas de datos estadisticos que se publicaban todas las semanas, relativos a los hundimientos causados por los submarinos, datos que aunque no eran muy consoladores, apenas indicaban que se hubiera hecho mella a la marina mercante de Inglaterra. El Almirantazgo daba a la luz pública cuadros en que mostraba que de 4.000 a 5.000 buques llegaban a los puertos ingleses, y salían todas las semanas, mientras otros cuadros exponían el número de buques británicos de menos de mil seiscientas toneladas y de más de mil seiscientas idem que naufragaban cada siete dias. Así, pues, la semana que llegué, supe por esos guarismos que la Gran Bretaña había perdido dies y siete barcos de un tamaño mayor que el mencionado y dos inferiores; que 2406 buques habían llegado a puertos ingleses, y que 2367 habían

salido, y que, además, siete buques pesqueros habían caído víctimas de los submarinos alemanes. Esas cifras carecían de valor porque no incluían barcos neutrales y no expresaban la cantidad de toneladas hundidas, —detalles que era natural sustraer al conocimiento del enemigo. Por consiguiente, los resultados que se publicaban no parecían alarmantes. Los periódicos en todas partes de las Islas Británicas sacaban favorables conclusiones de los datos estadísticos; de cuando en cuando uno daba una claridad de recelo, pero por lo general el sentimiento que prevalecía era de que la campaña submarina había fracasado ya, que el último esfuerzo desesperado que hacía Alemania por ganar la guerra se había malogrado, y que la paz probablemente no se haría esperar mucho. Esos periódicos se satisfacían grandemente en el hecho de que "el volumen de tonelaje británico se mantenía firme". Y los encabezamientos como el siguiente: "continúa la mejora", y los discursos animadores de ciertos políticos ingleses, tendían a tranquilizar la aprensión pública. Encontré esta misma atmósfera de ignorancia animosa casi en todas partes en la sociedad de Londres. El temor a los submarinos alemanes no perturbaba la temperatura londinense que se encontraba en su apogeo; los teatros se llenaban todas las noches; por doquiera hombres y mujeres de las clases superiores en apariencia daban poca atención al peligro que podría hallarse suspendida sobre su país. Antes de llegar a Inglaterra yo mismo no comprendía la gravedad de la situación. Había seguido la guerra desde el principio con el más intenso interés; había leído practicamente todo lo impreso sobre el particular en la prensa americana y extranjera, y tenía acceso a los informes oficiales tal como se podian obtener aquende el Atlántico. El resultado fue que, cuando salí de Inglaterra en marzo tuve miedo del desenlace. Todos los hechos fundamentales hacían aparecer imposible que Alemania ganara la guerra. La potencia marítima se hallaba prácticamente incólume en manos de los aliados; eso en sí mismo era una absoluta seguridad en la victoria final. Había leído en la prensa americana todos los datos estadísticos de las pérdidas de buques, y aunque la perversa destrucción de propiedades y de vidas se presentaba aterradora, no podía ver nada en estas cifras que pudiera materialmente alterar los resultados. En realidad, creí que la guerra terminaría antes de que los Estados Unidos ejercieran una influencia decisiva en su conclusión. La mayor parte de los oficiales navales americanos eran de mi misma opinión, inclusive los que estudian la guerra, quienes —como yo— guardaban el mayor respeto a la flota británica, y deseaban dejar a su cuidado el porvenir del mundo.

Sin embargo pocas semanas había pasado en Londres cuando desaparecieron las ilusiones. El Almirantazgo Británico colocó ante mí los hechos y los guarismos que no se habían dado a la prensa. Estos documentos descubrieron el hecho asombroso de que Alemania estaba ganando la guerra, y ganándola con una velocidad que significaba rendición incondiciones del Imperio Británico en cuatro o cinco meses.

El día de mi llegada a Londres tuve mi primera entrevista con el Almirante Jellicoe, que por entonces era Primer Lord del Almirantazgo. El Almirante Jellicoe y yo no necesitamos de presentación. Lo conocía desde hacía muchos años, y durante un tiempo más o menos considerable nos habíamos escrito. Donde lo conocí fue en China en 1901, cuando Jellicoe era capitán y ya se le reconocía como uno de los hombres de porvenir en la armada británica. Era experto en ordenanza y artillería materia en la que mucho me preocupaba yo por aquel tiempo y ese hecho nos unió y nos hizo amigos. La admiración que concebí por el carácter del almirante y por su inteligencia en aquel entonces, nunca se ha borrado. Era a la sazón como lo

ha sido siempre, un profundo observador de todo lo que pertenece a los buques y a su artillería, un hombre que une a un espléndido intelecto el verdadero dón del mando. Lo conocí en su propia casa con su esposa y sus hijos, así como a bordo entre sus marinos, y ya había observado de cerca la simpática personalidad que tenía el poder de atraerse a todos y convertirse en idolatría tanto de sus hijos como de los oficiales y marinos de la flota británica. Ciertamente nadie podía encontrar un hombre de temperamento más comprensible que él! La simplicidad y la rectitud eran en él dos detalles importantes; aunque pocos individuos se han elevado con tanta rapidez en la Marina Real, el éxito no ha hecho más que darle una dignidad suave, reposada y sin ostentación; en el almirante no existía ese espíritu violento y turbulento que se atribuye al lobo de mar; era todo cortesía, todo cerebro, y de los individuos con quienes he venido en contacto, no he conocido otro más accesible, franco y de lucidez intelectual.

Físicamente, el Almirante Jellicoe es un hombre bajo, pero de una constitución tan fuerte como es la de su mente; en la marina hay pocos que le resistan en el tennis. Su rostro bien afeitado, cuando me reuní con él esa mañana de abril de 1917, se encontraba como siempre tranquilo, sonriente, imperturbable. Ninguna manifestación exterior de su emoción podía aprovecharse para adivinar lo que pasaba en su cerebro. No será mucho decir al llegar a esta parte de nuestra narración, que la seguridad del Imperio Británico descansaba en el Almirante Jellicoe. Encuentro que en los Estados Unidos prevalece la absurda idea de que su cambio del puesto de Comandante de la Gran Flota a la de Primer Lord del Almirantazgo, equivalía poco más o menos a una emoción; nada puede estar más lejos de la verdad que ese aserto. Como Primer Lord del Almirantazgo, Jellicoe controlaba las operaciones, no sólo de la Gran Flota, sino también de toda la Marina Británica. No tenía superior, pues en Inglaterra el cargo de Primer Lord del Almirantazgo equivale al de Secretario de Marina en los Estados Unidos; con la diferencia de que el lord no tiene poder para dar la más ligera orden a la flota, poder que sí posee el secretario de marina. De este modo la derrota de los submarinos estaba encomendada a la responsabilidad directa de Jellicoe. Grande como era su deber, y aterradora como era la situación provocada por los submarinos en el momento en que celebramos nuestra entrevista, no había nada en la apostura del A l m i r a n t e que revelara depresión de espíritu. Manifestó gran seriedad, posiblemente recelo, pero sí estoicismo británico, y esa costumbre que tiene el inglés de no darse por vencido lo hacía mantenerse tenaz en su empeño.

Después del saludo corriente, el Almirante sacó un papel de la gaveta y me lo entregó. Era un récord de las pérdidas de tonelaje durante los últimos meses. Esto me mostró que el total de naufraigos, incluyendo ingleses y neutrales, había llegado a 536.000 toneladas en febrero 603.000 en marzo, y que los hundimientos que se efectuaron en abril indicaban la destrucción de casi.... 900.000 toneladas. Estas cifras demostraban ser tres o cuatro veces más grandes que las que intencionalmente expresaban las inconclusas declaraciones que se publicaban por la prensa.

Decir que me sorprendí ante semejante descubrimiento, es decir poco. Verdaderamente me asombré; nunca me había imaginado nada tan terrible, y manifesté mi consternación al Almirante Jellicoe.

"—Sí'— con una tranquilidad como si se tratara de discutir el tiempo y no el futuro del Imperio Británico. "Es imposible para nosotros sostener la lucha si continuamos sufriendo pérdidas como éstas".

—"¿Qué hacéis vosotros sobre el particular?" pregunté.

—"Todo lo que podemos. Estamos aumentando nuestras fuerzas anti-submarinas en todo sentido posible. Estamos usando todos los artificios que podemos inventar para luchar contra los submarinos. Estamos construyendo destroyers, remolcadores y otros barcos semejantes con la prisa que nos es dable. Pero la situación es muy seria, y ne-

cesitaremos toda la ayuda que nos sea dada."

—"Parece que los alemanes están ganando la guerra," observé.

—"La ganarán salvo que podamos contener esas pérdida, y contenerlas pronto, respondió el Almirante.

—"¿No hay solución al problema?" pregunté.

—"Absolutamente ninguna que veamos por ahora", me manifestó Jellicoe. Describió la obra de los destroyers y de los buques anti-submarinos, pero no se mostró optimista acerca de la posibilidad de que aque? llos controlaran las tropelías de los barcos U.

Ahora encuentro que eran falsas las historietas que se publicaban respecto a los numerosos hundimientos de los submarinos alemanes. Sólo cincuenta y cuatro submarinos se sabe de positivo que fueron hundidos desde el principio de la guerra, y el Almirante Jellicoe me dijo que los astilleros teutones estaban produciendo sumergibles a razón de tres por semana.

En los periódicos se publicó una especie relativa a la rendición voluntaria de los submarinos alemanes; no ha habido tal rendición; esos datos simplemente circularon para depreciar la moral del enemigo. Averigüé que los miembros del gobierno que debían hallarse bien informados así como también varios oficiales navales británicos creían que muchos sumergibles teutones habían sido llevados a remolque a los astilleros de Portsmuth o Plymouth. El hecho fue que las provisiones y las comunicaciones de las fuerzas que se hallaban en los frentes se encontraban amenazadas, que los submarinos alemanes constantemente aumentaban sus operaciones, ensanchando su radio de acción en el Atlántico, que los buques alemanes que atacaban se escapaban, que tres años de constantes operaciones habían puesto en peligro la fuerza de la armada británica, y que el dominio del mar de parte de la Gran Bretaña corría riesgo. A pesar de lo mala que era la situación, el Almirante Jellicoe tenía la creencia de que se pondría peor. Los sumergibles teutones tendrían toda la luz solar del verano inglés para sus operaciones, y se suponía que los submarinos lograrían una resolución en su favor para aquel tiempo. Según lo que supe, existía una opinión generalizada en los círculos navales británicos respecto a que el plan del enemigo tendría éxito. Las pérdidas se aproximaban a un millón de toneladas al mes, y basta un cálculo matemático sencillo para averiguar cuánto podrían resistir los aliados. Las mejores autoridades estimaban que el límite de la resistencia llegaría hasta el 1º de noviembre de 1917; en otros términos, que salvo que se descubriera algún método de luchar con éxito contra los submarinos en el acto, la Gran Bretaña tenía que deponer sus armas ante la victoriosa Alemania.

"Lo que tenemos al frente es la derrota de la Gran Bretaña", dijo un diplomático americano que por entonces se hallaba en Londres, después que le explicaron la situación.

En las próximas semanas siguientes tuve muchas entrevistas con el Almirante Jellicoe y otros miembros del Almirantazgo. Me sentaba a conferenciar con ellos todas las mañanas, y en todo sentido práctico fuí miembro de su organización. No había secretos de la armada británica que yo, como americano, no pudiera penetrar por completo. Los miembros del gobierno deseaban que los Estados Unidos comprendieran la situación por entero, de modo que desde el principio discutieron los asuntos con toda franqueza. A la sazón la prensa americana instaba a Edison y a los demás inventores de los Estados a que resolvieran el problema. En efecto, los inventores en los dos hemisferios estaban produciendo dispositivos por millares. Un departamento del Almirantazgo, encabezado por el Almirante Fisher,

tenía a su cargo la investigación de las producciones; en unos cuantos meses recibió y examinó no menos de 40.000 inventos, ninguno de los cuales satisfacía el propósito, aunque muchos de ellos eran sumamente ingeniosos. Los oficiales de la armada británica no se mostraban hostiles a dichos proyectos, sin embargo declararon que seria absurdo atenerse a esos nuevos dispositivos para hacer fracasar la campaña alemana. El elemento tiempo era de muy importante consideración; salvo que los submarinos fueran contenidos en dos o tres meses, los alemanes ganarian la guerra. Caso de que Edison o cualquier otro de los grandes genios inventara un aparato contra los sumergibles, de nada serviría, porque antes de que se perfeccionara y se instalara, la situación del tonelaje habría obligado a los aliados a rendirse.

Yo discutí la situación con los miembros del gabinete, como Mr. Balfour, Lord Robert Cecil y Sir Edward Carson. Su actitud con respecto a mí era muy diferente de la que tomaban ante el público, pues en sus discursos esos individuos naturalmente nada decian que viniera a alentar la moral del enemigo; pero en sus conversaciones conmigo repetian prácticamente todo lo que Jellicoe había dicho. Fue la gravedad de la situación, por supuesto, la que hizo ir a Balfour y a la Comisión Inglesa a los Estados Unidos. ¡Qué instante más oscuro fue ese en la historia de la causa aliada! Los submarinos alemanes no sólo destruían el comercio británico en los mares, sino que los germanos derrotaban a los ingleses y franceses en Francia. Cuando recordamos la alta cumbre de éxito a que llegaron los submarinos alemanes en el momento en que la ofensiva del General Nivelle fracasó en el Frente Occidental, nos formemos una idea de la tragedia verdadera de la situación de la Entente en la primavera de 1917.

"Las cosas se presentaban oscuras cuando hice mi viaje a América", me dijo después Mr. Balfour. "Tenía los submarinos constantemente en la imaginación. No podía pensar en otra cosa que no fuera el número de buques que hundian. A la sazón en realidad parecia que íbamos a perder la guerra.

Uno de los personajes que mejor comprendió el estado de cosas, fue el Rey. Donde primero nos reunimos con Su Majestad fue en el presbiterio de San Pablo, en aquella memorable ocasión de abril de 1917, cuando el pueblo inglés se congregó en un servicio de acción de gracias para celebrar la entrada de los Estados Unidos en la guerra. En esta como en las demás entrevistas el Rey me pareció un caballero inglés sencillo, sin afectaciones. Iba vestido de khaki como todo oficial británico, y sus maneras eran sinceras, cordiales y hasta democráticas.

"Me causa mucho placer el veros en una ocasión como ésta', dijo Su

Majestad refiriéndose al gran servicio conmemorativo anglo-americano. Me complace mucho saludar a un almirante americano en una misión como la vuestra, y os deseo todo éxito."

En esa ocasión, naturalmente no tuvos tiempo para cambiar nuestras impresiones, pero unos cuantos días más tarde fuí invitado a pasar la soirée en el Castillo Windsor. El Rey en su propia casa se me manifestó más cordial, si cabe, que en nuestro encuentro. Después de la comida pasamos a una pequeña habitación, y allí, entre las espirales del humo de nuestros cigarros, discutimos la situación considerablemene. El Rey es hombre que conversa de manera rápida y animada; se ha mantenido siempre informado de la situación de los submarinos, y el asunto lo discutimos esa noche en todos sus detalles. Al principio me sorprendió la familiaridad con que trataba las cuestiones navales, lo que mostraba que se mantenía en íntimo contacto con la flota británica. Mejor dicho, la familiaridad mencionada no era de sorprender, pues el soberano es marino; en su juventud se unió a la armada, en la que trabajó como cualquier grumete. Parecía también enterado de la marina americana como lo estaba de la inglesa; manifestó el mayor interés en nuestras operaciones de mar y tierra, y se mostró especialmente solícito en que yo —en mi calidad de representante americano— tuviese completo acceso a las Oficinas del Almirantazgo. Respecto a la campaña submarina, el Rey se hallaba tan perfectamente enterado como Jellicoe y como los demás miembros del Almirantazgo. Había que detener el empuje de los submarinos, o los aliados perderían la guerra.

De todos los hombres de influencia que había en el gobierno británico, sólo uno tomó una actitud optimista, Mr. Lloyd-George. Vi al Primer Ministro con mucha frecuencia en los banquetes, en su lugar natal y en otras partes; la más duradera impresión que conservo de este admirable estadista, fue su irreprochable buen humor. Pienso en el Primer Minisro de la Gran Bretaña como en un joven exuberante siempre riente, siempre jocoso, siempre amigo de salidas ingeniosas y juguetonas, aun en los momentos de crisis para su patria, sin mostrar señales de depresión de ánimo. Su rostro, terso como el de una muchacha, jamás reveló la más ligera ansiedad, y sus ojos siempre centellantes, nunca descubrieron la más leve sombra. Es un cuadro que nunca olvidaré, el de aquel hombre, sobre cuyos hombros descansaba en su mayor parte el destino del Imperio, en apararienca rehusando admitir—aun para sí—los peligros que semejaban acosar al reino para extinguirlo. Heroicamente dedicaba todas sus energías a levantas el espíritu de sus compatriotas, y su comunicación con sus asociados, hasta en los momentos más angustiosos, tenía tiempo para referir anécdotas chistosas recordar incidentes divertidos de su propia carrera política, haciendo chiste de los errores de sus adversarios, y apartando la conversación muy lejos del Frente Occidental y de los sumergibles alemanes. Es el caso de dominio de sí mismo, más acabado, que he presenciado jamás; en la historia sólo uno se le compara; la actitud de Lloyd George constantemente me recordaba la de Lincoln en las horas más negras de la Guerra Civil, cuando, al tener noticia de las calamidades ocurridas en Fredericksburg o Caancelloasville, divertía a su gabinete leyéndole selecciones de Artemusard, entremezclándolas con dichos humorísticos y anécdotas de su propia cosecha. Quizá la animación de Lloyd-George se explica por otro rasgo de semejanza que tienen en común con Lincoln; hay un misticismo galense en su naturaleza, que, según me dicen, algunas veces toma la forma de exaltación religiosa. La fe de Lloyd-George en Dios y en la divina ordenación de la historia es evidentemente tan profunda, que la idea del triunfo de Alemania es probable que nunca haya penetrado en su mente como una realidad; todos sabemos que la absoluta confianza de Lincoln en la victoria del Norte descansaba en una base semejante. En verdad, sólo una convicción tan firmemente arraigada podía explicar la serenidad

y el optimismo de Lloyd-George en presencia de las más espantosas calamidades. Yo asistí a un pequeño banquete en el que el Primer Ministro estuvo presente, cuatro días después que los alemanes efectuaron su terrible ataque en marzo de 1918. Aun en esa ocasión no dio muestras de sobresalto; como de costumbre, su animado buen humor prevaleció sobre los demás; habló incesantemente, pero ni una vez siquiera mencionó el tema que absorbía la mente del resto del mundo en aquel momento; continuó charlando acerca de la cuestión irlandesa, discutiendo la impresión que el enrolamiento obligatorio en Irlanda causaría en Norte América, y de cuando en cuando se detenía para hacer una alusión en broma respecto a Mr. Balfourt. En esta disposición de espíritu vi siempre al jefe del gobierno británico; nunca lo encontré desalentado, ni tomaba nunca en cuenta más que un fin de la guerra: el favorable.

En varias ocasiones intenté causar en Lloyd-George la impresión de la gravedad, del caso, y siempre rehusaba aceptarla, con estas palabras: "Oh! sí; las cosas marchan mal"—decía sonriendo y con un movimiento de mano. "Pero sacaremos el mejor partido de los submarinos: no temáis".

Pero la animación del Primer Ministro era excepcional; todos sus asociados apenas ocultaban su recelo. Por otra parte, una ola de entusiasmo inundaba a Alemania. Los americanos todavía tienen la idea de que el gobierno germano adoptó la campaña submarina como el jugador pone en juego su último recurso en el momento de la desesperación, creyendo a medias en el éxito. Prevalece en los Estados Unidos la impresión de que los alemanes jamás hubieran arriesgado su imperio en ese empuje final desesperado si hubicsen previsto que los Estados Unidos movilizarían todos sus hombres y sus medios contra los teutones. Esta convicción es enteramente falsa. Los germanos no creyeron estar probando ventura; el resultado último les parecía una certeza. Calcularon el número de buques que los aliados tenian disponible, así como el de las naciones neutrales; sabían perfectamente cuantos barcos podian hundir sus submarinos cada mes y de esos datos estadisticos matemáticamente dedujeron el tiempo que duraría la guerra. No quenían agregar a Norte América a la lista de sus enemigos, pero ello se debía a que pensaban en las condiciones que vendrían después del conflicto, pues les habria gustado gozar de la amsitad de los Estados Unidos en el momento del reajuste. No obstante, no temían que les causáramos mucho daño durante el curso de la lucha, no porque en realidad despreciaran nuestra potencia guerrera (sabían que nosotros seriamos un formidable enemigo en el campo de batalla), sino por el hecho claro ante sus ojos, de que nuestros ejércitos jamás llegarían al terreno de la acción. Suponian que la campaña submarina daria por concluida la lucha en tres o cuatro meses. Ciertamente, a la sazón, los Estados Unidos —no preparados como se hallaban— jamás hubieran podido lograr ser una potencio militar para llegar al resultado que se proponían. De ese modo, desde el punto de vista militar, la entrada de 100.000.000 de americanos les afectó tanto como si recibieran una declaración de guerra del planeta Marte.

Nosotros pudimos confirmar este

parecer, por lo que nos dijeron los comandantes de los submarinos que de cuando en cuando eran capturados. Esos individuos, llevados a Londres, se sometían a interrogatorio, y mostraban la más absoluta confianza en el resultado.

"Sí, nos habéis cogido", decían, "¿pero eso qué importa? Hay muchos más submarinos que salen (de los astilleros). Atraparéis unos cuantos, pero nosotros podemos construir doce por cada uno que capturáis o hundís. De cualquier modo que sea, la guerra concluirá dentro de dos o tres meses, y tendréis que hacernos regresar a nuestra patria.'

Todos estos prisioneros se reían de las alusiones a la derrota alemana; su actitud no era la de prisioneros, sino de conquistadores. También se consideraban como héroes y se glorificaban en lo realizado en el servicio de sumergibles. En su mayor parte, exageraban el número de hundimientos y fijaban el fin de la guerra para el primero de julio o de agosto. El gobierno de Berlín igualmente exageraba el éxito obtenido. Esto no era de sorprender pues solamente el comandante estacionado ante el periscopio, sabe lo que pasa. En su informe de haber hundido un barco de cinco mil toneladas, nadie podía contradecir su testimonio, pues la tripulación y los demás oficiales no veían la superficie del agua. Como es muy natural, el capitán no despreciaba el valor de sus proezas, y así la cantidad de toneladas hundidas de que se informaba a Berlín, considerablemente excedía a la que en realidad constituía la pérdida.

Los discursos de los dignatarios alemanes resonaban con la misma confianza.

"En esta batalla decisiva que se halla pendiente" —dijo el Kaiser— "toca a la armada responder al método de matar por hambre que siguen los ingleses, método con el cual nuestro más odioso y obstinado enemigo intenta derrocar al pueblo alemán, aplicándolo contra él y sus aliados, al combatir su tráfico marítimo con todos los medios que haya a nuestro alcance. En esta obra, los submarinos ocuparán la primera línea. Espero que esta arma, técnicamente desarrollada con sabia previsión en nuestros admirables astilleros, en cooperación con todas las demás armas de combate naval, y apoyadas por el espíritu que, durante todo el curso de la guerra, no ha facilitado el realizar brillantes proezas, se quebrantará la voluntad de nuestro enemigo."

'En esta lucha de vida o muerte en que el arma es el hambre" —dijo el Dr. Helfferich— "Inglaterra

pitán. Regresó a su covacha con el firme propósito de proporiconarse las doscientas liras antes de la partida del barco; enjaezó sus viejos caballos los cargó con todo el ajuar del arruinado teatro, y tomó camino de la ciudad.

El día entero anduvo a la pesca de compradores, y al fin de la jornada, después de haberlo cedido todo a algunos empresarios de circos ambulantes pudo contar en su bolsa algo más de quinientas liras.

III

EL BAUTISMO DEL NEGRILLO

Dos días después, el bergantín **Santa Ana**, de 800 toneladas, cargado con vinos y aceites, soltaba las amarras y haciase a la vela para Buenos Aires.

A bordo, instalada en el puente, iba la compañía de acróbatas ambulantes y perros sabios.

Ni los muchachos ni los perros, como había dicho el director, eran delicados; a proa, entre algunos fardos que no habían hallado cabida en la sentina, encontraron albergue suficiente. Por fortuna para ellos, la temperatura era templada: principiaba el otoño, y en aquella latitud los días aun son cálidos, y las noches tibias y agradables.

Al poner los pies sobre el puente, Alegre se creyó transportado a un palacio. Nunca había visto buques sino de lejos, y ahora, que, en el colmo de sus ambiciones, no solamente veía uno, sino que lo palpaba, que navegaba en él, sentíase feliz del todo.

Pero el viaje a bordo le recordaba otro que había hecho muchos años atrás, muchos (tantos, que él debía de ser muy pequeño), en el fondo de un agujero infecto, sin aire, sin luz, entre una multitud de hombres negros.

¡Qué triste recuerdo! Alegre no quería pensar en ello. Quizás había sido únicamente horrible pesadilla.

El **Santa Ana** valía infinitamente más con su cubierta caldeada por los rayos del Sol y refrescada por las brisas del mar: prefería viajar al aire libre, sin más techo que la bóveda del cielo, a ir metido en un camaranchón obscuro.

—¡Qué hermoso es el **Santa Ana**!— exclamó no pudiendo disimular por más tiempo su entusiasmo.

Hermoso, ¿eh? ¿Te gusta? —le preguntó un viejo marino que hacía un rato le observaba.

—¡Ya lo creo! Me gustaría vivir siempre a bordo. ¡Qué lindo es ser marinero!

El viejo sacudió la cabeza sonriendo.

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

—¿Yo? —preguntó Alegre abriendo tamaños ojos. Nunca se le había ocurrido que podía tener un nombre. En la compañía le llamaban **Gracioso**; pero aquel no era su nombre, era el nombre de un payaso, y lo que el buen marinero quería saber era el suyo. ¡Su nombre! ¿Lo sabía **él** acaso?

—Sí, tú. ¿Cómo te llamas?

—Yo no me llamo de ningún modo, —respondió Alegre triste y avergonzado.

—¡Vaya, niño mío! —dijo el viejo, que empezaba a comprender algo de lo que el niño no podía decirle. —No te apenes por eso. **Dime**: ¿te agradaría visitar el barco?

—¡Oh, sí; muchísimo!

—Y siendo así, ¿cuánto pide usted por el trans porte de mi compañía?

—Pero yo no me comprometo a entregarla viva en tales condiciones.

—Eso corre de mi cuenta.

—Bueno; es usted un hombre de recursos. El asunto presenta así otro caris. Serían..... Pues .... Cuaro chicos, cuatro perros y el director ¿no es eso? Sin darles más que el aire del mar y el puente de mi buque; ¿eh?

—¡Sí, sí!

—Serían, a lo sumo, casi nada; doscientas liras. ¿Estamos?

Il signor Bertoni casi había caído de espaldas.

—¡Doscientas liras! ¡Es una enormidad!

El capitán le miró terriblemente.

—¿Qué? ¿Le parece a usted mucho? Pues le juro a usted por la arboladura de mi barco que no rebajo un céntimo.

Y al decir esto giró sobre sus talones, y haciendo crujir las tablas del puente con los tacones de las botas, se marchó, dejando anonadado al director de la compañía de acróbatas ambulantes y perros sabios.

Bertoni comprendió que de aquel lobo no podía esperar una rebaja. No había vuelta de hoja; para marchar a América necesitaba doscientas liras, porque en ningún otro barco querían hacerse cargo de la malhadada compañía.

—¿Cómo conseguirlas? ¡**Ecco il problema!**

El director, si bien no era hombre de dinero, era hombre de recursos, como había dicho el ca-

competencia; el público acudiría a mi teatro, y mi bolsa se llenaría.

Pero ¿qué país sería ese? El nombre de América flotaba ante la imaginación de Bertoni como el de una tierra encantada.

Una vez en el puerto, buscó un buque que partiera para América. Halló varios: algunos trasatlánticos, recomendables por la regularidad de su servicio, eran caros; otros buques de vela, no aceptaban pasajeros sino por rara excepción.

Pero después de mucho pregnutar y de recorrer la rada entera, dio con el capitán de un velero, listo a zarpar.

—¿Cuatro chicos y cuatro perros? —masculló el marino.— ¿Y usted?.... ¡Mucha gente es esa!

—Se acomodan donde quiera: no son delicados. Ya ve usted, cómicos ambulantes, acostumbrados a dormir a raso......

—Sí, sí; pero siempre queda pendiente la cuestión del alimento. ¡Supongo que no pretenderá usted sujetarlos a una dieta forzosa!

El capitán suponía mal: precisamente era lo que pretendía el dignísimo director. No sería la primera vez que negociara sobre el estómago de sus discípulos. A la insinuación del marino, respondió con indiferencia:

——¿Y por qué no?

—¡**Hombre!— exclamó** el otro, asombrado.— ¡Tiene usted **unos discípulos** muy baratos!

—Ya le he dicho que no son delicados.

—Sí, voy viéndolo; no son delicados.

—Bueno; yo te lo mostraré.

Y tomando al niño por la mano, le condujo a popa: desde allí comenzarían a recorrer el bergantín hasta que Alegre se lo supiera de memoria.

La ingenuidad del chico había cautivado el corazón del lobo de mar. Lo que ninguno de los otros muchachos blancos de la compañía hubiera conseguido, lo alcanzaba aquel simpático negrillo que ni aun sabía su propio nombre. El viejo marinero adivinaba en aquel detalle toda una historia. Conocía lo que son esos acróbatas ambulantes, exhibidores de niños gimnastas y de perros sabios, y apostaría una oreja a que **il signor** Bertoni, aquella buena pieza que por ahorrar unas cuantas liras alojaba a sus chicos en el puente mientras él se acomodaba en un camarote, era de los peores. ¡Tifones, si lo era! No una oreja, las dos apostaría, seguro de ganar. ¡Uf! ¡Le daba asco aquel payaso violinista amaestrador de perros!

El negrillo estaba en el colmo de su dicha. El buen marinero, a quien saludaba con respeto la tripulación (¿por qué sería?) y que con tanto cariño le llevaba de la mano a visitar el buque, palo por palo, habíase fijado en Tell, que los seguía humildemente a todas partes.

—¿Es tuyo este perro?— le había preguntado.

—Sí, señor; es mío.

—¿Cómo se llama?

—Tell —respondió el muchacho acariciando la noble cabeza del perro.

—¡Tell, Tell, ven aquí!— exclamó el marinero; y Tell, obediente y cariñoso, saltó hacia él dando gruñidos de satisfacción.

—¡Hermoso animal! —decía hundiendo sus gruesas manos en las suaves y espesas lanas del perro; y añadió mirando al muchacho:—Es tan bueno como tú.

Alegre hubiera enrojecido de placer y de vergüenza si a través de su obscura piel hubiera podido verse el carmín de su sangre; pero entornando sus ojos hermosos, como hacía siempre que algo le hería simpáticamente las fibras del alma, respondió estrechando las manos del marino:

—¡Usted si que es bueno!

—¡Pobre niño! —exclamó el viejo, enternecido; y, agachándose, rozó con los labios la tersa frente del muchacho.

Alegre sintió un estremecimiento; una lágrima furtiva tembló en sus párpados: aquel beso despertaba en su memoria la impresión del último que le diera su madre. ¿Cuánto tiempo hacía? Era el primero que le daban después de aquel.

El sol se hundía en el ocaso, y sus postreros rayos chispeaban en las azules olas del Mediterráneo. El **Santa Ana**, con las velas, que crujían hinchadas por una fresca brisa, volaba sobre el mar cual una ave inmensa de anchísimas ondas. El negrillo, sentado a popa mientras su amigo en la rueda del timón dirgía la marcha del buque, miraba el hermoso cuadro del sol poniente.

—Acércate, hijo mío— dijo el marino a Alegre,— te gustan los cuentos?

suyo; él no era extranjero en ninguna parte: sólo amaba la libertad.

Por eso alguna vez, al verse solo y lejos del amo, soñó ser libre para siempre, abandonar la compañía, huir para ganarse la vida de otro modo. Pero eran sueños: él lo comprendía. Conocía a su amo; si se escapaba, la policía le buscaría, y, tarde o temprano, caería otra vez en poder del odiado cómico.

Empero, cuando tales sueños de libertad le asaltaban, Alegre sacudía la cabeza, sin desecharlos del todo.

—¡Otra vez; más tarde!— se decía.

El que había cambiado de veras en aquellos años era el director. .

Iba volviéndose viejo; las fuerzas y la salud le abandonaban, y con ellas gran parte de sus habilidades. Su voz, su hermosa voz de barítono, de la que antes se mostraba tan ufano, por el vino del que era devoto, o por la edad, se había cascado y daba siempre falsete.

La compañía de acróbatas ambulantes y perros sabios estaba a punto de arruinarse.

Un día **il signor** Bertoni, después de una noche de insomnio, pasada en rumiar cierto poyecto, se levantó al amanecer y tomó el camino de Nápoles, a cuyas cercanías habían llegado.

—Si en Italia —se decía—mi negocio no marcha porque me hacen la competencia otras compañías, igual me sucederá en Francia, y en Inglaterra, y en cualquier otra nación europea. ¡Otro gallo me cantaría en un país nuevo! No habría

dado cuenta de aquellos fenómenos psicológicos; pero ¡era tan niño!.... Sentía ansias de llorar estaba solo, y lloraba sin saber por qué.

Así corrieron varios años.

El carácter de Alegre cambió. No fue ya el negrito que se dejaba maltratar por los compañeros y se escondía para llorar. No; Alegre no lloraba ya: tenía diez años y buenos puños, que le servían para defender su autonomía.

Los grandes dolores no echan raíces en los corazones infantiles.

El antiguo negrillo, siempre triste, siempre con un sollozo pronto a levantarle el pecho, mienpre con una lágrima temblándole en los párpados, había cedido el puesto al muchacho juguetón, vigoroso, alegre; pues el negrillo era alegre como una mañana de primavera.

Y eso era lo justo. ¿Por qué había de estar triste? Ya no recordaba la tragedia de su infancia.

Sus padres, si vivían, estaban tan lejos, tan lejos, que el recuerdo casi se perdía en las brumas que rodeaban el pasado. Sin embargo, cuando pensaba en ellos, Alegre se entristecía.

Su hogar..... ¿Cuándo había conocido un hogar? La pobre choza de techo de palmas, rodeada de plantaciones de mandioca, apenas si despertaba en su memoria la impresión de un sueño olvidado que nunca se puede reconstruir.

Su patria..... ¿Qué sabía el pobre niño lo que es una patria? Para él. todo el mundo er.

—¿Y qué son cuentos? —preguntó el chico.

—¿No lo sabes? ¿Nunca te han contado ninguno?

—No, nunca.

—¿Y tu madre......?

El marino se mordió la lengua antes de acabar la frase: quizá había dicho demasiado.

En efecto. Miró al muchacho, y vio toda la alegría de aquél desvanecida, la sonrisa, nublada, y los jos, humedecidos por unas lágrimas que pugnaban por esconderse.

Ante aquella súbita evocación de su pasado, Alegre estuvo a punto de llorar.

¡Pobrecillo! ¡No llores; ven, hijo mio!— exclamó el viejo soltando la rueda del timón y tomando entre las manos la cabeza del niño. Yo te contaré un cuento: siéntate a mi lado.

En aquel momento el buque, sin el apoyo del timón, se torció sobre las olas y dio un fuerte barquinazo.

—¡Eh; que te caes!— exclamó el marinero enderezándolo con una vuelta de la rueda, mientras el muchacho, poco avesado a guardar el equilibrio ante aquellas sorpresas del mar, rodaba por el puente.— ¿Te has hecho daño?

—¡Oh, no!— respondió riendo a carcajadas.

—¡Así me gusta verte! ¡Alegre, siempre alegre! ¿Sabes? Tú debes tener un nombre. ¿Quieres llamarte Alegre desde ahora? ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—¡Sí, si; me llamaré Alegre! ¡Es un lindo nombre!

—Y te sienta muy bien, porque eres alegre como las golondrinas cuando cruzan el mar rozando con sus alitas la espuma de las olas; alegre como las gaviotas, como los delfines, y como la mar cuando se sacude las pulgas.

—¿La mar tiene pulgas?

—No, hijo mío; es una manera de decir que está alborotada. ¿Quieres que te cuente un cuento?

—Pero es que yo no sé lo que son cuentos.

—No importa; ya lo verás, si quieres.

—¿Como no? Cuénteme usted uno.

—Escucha:

"El hijo del Capitán"

"Era hace muchos años, cuando había piratas, en una hermosa noche del mes de abril.

"El mar, obscuro como la tinta, sólo reflejaba algunas estrellas en sus olas inquietas.

"Hubiera estado completamente desierto si en aquel instante no lo cruzara un bergantín-goleta de dos gavías, que a velas desplegadas huía de los peligrosos archipiélagos griegos en busca de las verdes costas de Sicilia.

"Sus estrechas bandas, su fina y levantada proa y su airosa arboladura le revelaban como un velero de primera clase, que con buen viento y desplegado todo su velamen podía hacer cómodamente doce nudos por hora.

"En el cuadro de popa se leía en doradas letras un nombre: **Palermo**. Podía suponerse, pues, que era un navío siciliano.

"En efecto; su dueño y capitán, Giovanni

director, hombre instruído en Historia, había inmortalizado en los perros el nombre de algunos de sus héroes favoritos. El de Alegre, de orígen suizo, tenia uno que le cuadraba a las mil maravillas: llamábase Tell.

Tell llegó con el tiempo a ser el mejor amigo de Alegre. Este le había cuidado desde cachorrito, y él no reconocía otro amo. El negrillo, que no podía hacer buenas migas con los compañeros, tres chicos blancos, concentró todas sus afecciones en aquel hermoso perro, el único ser que en la compañía le amaba.

¡Cuántas veces el pobre niño, huyendo de los compañeros, que le maltrataban, y de su amo, que le reñia iba a buscar consuelo en el cariño de su perro! ¡Cuántas veces las sedosas lanas de Tell enjugaron las amargas lágrimas de Alegre!

Cuando la compañía llegaba a alguna población de cierta importancia, en un local apropiado que unas veces era una barraca, otras una plaza, daba funciones, a las que el público podía asistir mediante un módico precio.

Pronto el negrito, más gracioso y más inteligente que sus compañeros, se distinguió.

El director llegó hasta decirle, acariciándole los rizados cabellos:

—Llegarás a ser un buen cómico, hijo mío.

¡Un cómico' ¡Pobre Alegre! Cuando oía esto, sentía algo en el fondo del pecho; una ola amarga que subía, subía a la garganta y se escapaba en un ahogado sollozo o en una lágrima furtiva. Si hubiera tenido algunos años más, se habría

Un payaso que llora de veras, no es un payaso decente.

Pusiéronle un vestido de colores, como convenía a un saltimbanqui; diéronle su nombre, le llamaron **Gracioso**, y le señalaron un papel en las representaciones.

Bien pronto se adaptó a aquella existencia azarosa y nómada a que le condenaba su fortuna. Vagaban por los campos trasladándose de ciudad en ciudad en un inmenso carromato que les servía de **dormitorio.**

De día marchaban a pie detrás de él, donde sólo podía ir como cochero **il signor** Bertoni; éste era el nombre del director de la compañía. De noche dormían al raso si hacía buen tiempo, y si no, procuraban acomodarse como Dios les daba a entender los cuatro niños acróbatas y los cuatro perros sabios en el reducido espacio que en el vehículo les dejaban los efectos del teatro ambulante y la cama del director.

Su ración de comida, no muy abundante, tenían que repartirla con el perro que **il signor** Bertoni les había encomendado, porque cada uno de los chicos cuidaba de uno de los cuatro canes de la compañía.

El bondadoso director era equitativo: tenía algunos principios socialistas, y los aplicaba en el terreno de su jurisdicción; los cuatro animales eran iguales a los cuatro niños, puesto que trabajaban lo mismo. Nada más justo.

A Alegre le había confiado un hermoso mastín de San Bernardo, de largas y sedosas lanas. El

Raffadali, había nacido en Catania, una de las más bonitas e importantes ciudades sicilianas.

"Era un hombre de cuarenta años.

"Gracias a un activo comercio que mantenía personalmente con los puertos de Levante, había logrado reunir riquezas suficientes para comprar una quinta a orillas del mar que tanto amaba, en donde vivía su esposa, y en la cual había vivido hasta los doce años su único hijo.

"Llamábase Enrique, y era un robusto muchacho de ojos atezados y negros cabellos, y de tez un tanto bronceada, cual conviene a un hijo de Catania.

"Amaba el mar como su padre, y le temía sin conocerlo; porque Enrique, a pesar de sus doce años, jamás había pisado un puente de un barco en alta mar.

"Su padre quería hacer de él un digno sucesor suyo; pero esperaba que cumpliera los doce años para darle el bautismo de agua salada y hacerle conocer al padre común de los habitantes de las costas.

"Mientras tanto, Enrique podía jugar en tierra firme con la barca de un viejo pescador, y una que otra vez, con buen tiempo, dar un paseíto en ella.

"—Mira, muchacho —solía decirle el pescador sentado a popa con la caña del timón en la mano:— empuña los remos, y ayuda un poco al viento. No es bueno dejarle que trabaje solo.

"Y Enrique empuñaba los remos y sudaba haciendo esfuerzos para ayudar al viento, consi-

guiendo en realidad desarrollarse las fuerzas en el apredizaje de marino.

"Pero aquellos paseos no eran suficientes para saciar su ansia de viajar. ¡Qué no hubiera dado por cumplir cuanto antes los doce años para **largarse** al **mar** a bordo del bergantín-goleta de su padre!

"Este era su sueño dorado. Cuando su cabeza reposaba en al almohada y su espíritu vagaba en lejanos paises, sólo veía barcos, islas y marcs infinitos, y hasta piratas con quienes combatía y a quienes, por supuesto, vencía.

"Porque en aquellos tiempos de incesantes guerras el corso era un negocio que explotaban en competencia los piratas griegos, turcos y argelinos, de que estaban infestados los mares.

"Llegó por fin el día en que Enrique cumplió doce años. Seguro de que su padre, a la sazón en viaje, no le iba a engañar, corrió al puerto a ver si había llegado el **Palermo**.

"Sí; allí estaba balanceándose sobre las olas, anclado desde la víspera.

"El capitán Raffadali iba expresamente a cumplir la promesa hecha a su hijo. Este vio desde el muelle los preparativos de desembarque; un bote se desprendió de la banda de estribor, y a poco el muchacho caía en brazos de su padre.

"—¡Amiguito! —le dijo éste.— Hoy te embarcas.

"El niño no respondió: aquello era demasiado hermoso para creído. ¡Embarcarse! Había soña-

II

EL SIGNOR BERTONI

Alegre no había hecho más que cambiar de amo.

Su nuevo dueño era un italiano, director de una compañía de acróbatas ambulantes que corria el mundo dando funciones al aire libre.

Estaba compuesta de niños que hacían cabriolas, y de perros sabios. Alegre iba a aumentar el número de aquéllos; sería en adelante un payaso que exibiría sus habilidades en las plazas para divertir al público.

En los primeros días no hacia más que llorar, ocupada la mente con el recuerdo de sus padres.

El nuevo amo nada le decía; respetaba su dolor, porque tal vez una chispa de compasión había en el alma del acróbata ambulante.

Pero un día, cansado de sufrirlo, le dijo rudamente:

—Muchacho, basta ya de lágrimas. De hoy en adelante harás lo que hacen los otros, porque si no.......

Alegre no comprendía el idioma del señor director: mas por los gestos entendió lo sustancial de las órdenes, y amedrentado secó el llanto.

No se engañaron. El primer comprador, poco dispuesto a dar las ciento cincuenta liras por el muchacho, cedió la plaza a su adversario.

Este, que tenía verdadero interés en adquirir aquel hermoso negrillo, pagó sin regatear más.

—¡El niño es mío!— dijo.

—¡Ahora sí! Puede llevárselo.

El comprador, riendo de gusto, tomó a Alegre por la mano y quiso arrastrarle consigo.

—¡Madre, madre! —gritó el niño tendiendo sus bracitos hacia su madre en demanda de protección.

El grito del niño repercutió en el corazón de sus padres, que se arrojaron sobre él para defenderle......

La madre, como leona a quien pretenden arrancarle el cachorro, estrechó en los brazos a su hijo; no se lo quitarian sin hacerla antes pedazos....

¡Pero cuán poco valen las protestas de una madre ante la sórdida codicia de los hombres!

Los corazones nada pesan en la balanza de los mercaderes.

El látigo crujió sobre las espaldas de la esclava, y dos o tres árabes, servidores de su amo, cayeron sobre ella y le arrebataron el pequeñuelo no sin que antes los labios de la desgraciada hubieran rozado su frente con un último beso.

do tanto con aquel dichoso instante, que, entonces, apenas podía creer que estaba despierto.

"Al día siguiente, después de haberse despedido de su madre, que se quedara en tierra rogando por su esposo y por su hijo, Enrique, ya en el barco, advirtió el áspero chirrido de la cadena del ancla arrastrada por el cabrestante, el sordo crujir de la lona acariciada por la brisa y, después, el estremecimiento de las maderas del bergantín, que se ponía en marcha.

"¡Oh, el mar!

—¡Con qué alegría saludó el muchacho las costas de su patria, que se perdían en lontananza! ¡Con qué fruición hundió la mriada en aquel vastísimo horizonte!

"Cielo y agua por doquiera; sólo a lo lejos, muy lejos, divisaba alguna vela blanca, que le parecía a veces las alas de una gaviota. De pronto, en medio de sus pensamientos, le asaltó un recuerdo, y se estremeció al mirar aquellos buques lejanos.

"A su lado estaba el contramaestre.

"—¿No hay piratas? —le preguntó en voz baja, temeroso de pregonar su miedo.

"El marino sonrió.

"—¿Piratas? ¡El **Palermo** se ríe de ellos! Ven acá, y juzga tú mismo.

"Y le condujo al interior del buque.

"Allí, por cada banda asomaban sus negras bocas tres cañones.

"—¿Qué te parece?

'El niño abrió los ojos sorprendido, y dijo:

"—¿No es pirata mi padre?

"—¡Bah!— exclamó el contramaestre soltando una estruendosa carcajada; y añadió bajando la voz: —Tu padre...... no tiene arboladura para tanto. Sin embargo, el buque puede ser un buen corsario. Con su andar, sus seis cañones y unos cuantos hombres decididos, ya podría largar trapo cualquier navío a la vista. Si tu padre quisiera el Mediterraneo sería suyo.

"Enrique cerró los ojos; creyó que el contramaestre se burlaba de él.

"—Vamos, chico; no te asustes!—dijo el marino.— ¡Eso no es nada! Cuando veas el mar de fiesta y al **Palermo** bailando sobre las olas como una cáscara de nuez, entonces si que podrás cerrar los ojos.

"—¡Yo no tengo miedo al mar!— exclamó Enrique, avergonzado de que eso fueran a creer.

"—¡Así me gusta! ¡Ni al mar, ni a los piratas!

"—¡Ni a los piratas! —repitió Enrique.

"El marinero reía con una risa áspera y dura. Parecía decir:— ¡Ya lo veremos!

"Aquella noche Enrique preguntó a su padre:

"—¿Cómo se llama el contramaestre?

"—Volpi. ¿Por qué, hijo mío?

"—Quería saberlo. ¿Es buen marino? ¿De dónde es?

"—Es de Palermo, y excelente marino.

"— Pero ¿no es pirata?

"—¡No! —exclamó el capitán riendo; —no es pirata.— Y añadió para sí:— Aunque, después de todo, no le iría mal en el oficio. ¡Tiene un aire

—Se lo compro a usted por sesenta.

El dueño de la caravana olfateó un buen negocio, y con los ojos brillantes de codicia intervino en el diálogo.

—Esperen ustedes. El niño es mío, y no lo vendo por tan vil precio.

—¡Cómo!— protestó el primer comprador.

—Como usted lo oye: por menos de cien liras no lo vendo.

Los dos contendientes vacilaron; el precio era demasiado alto. Por fin el segundo dijo, contando algunas monedas:

—Ahí van las cien liras.

—¡Poco a poco! —respondió sonriendo el dueño.— He dicho que no lo doy por menos de cien liras; pero no he hablado de precio alguno.

—¡Bien, bien! ¡Eso me gusta!— murmuró el primer comprador.— Yo daría por él ciento diez: ni un céntimo más.

—Se quedará usted sin él: solo por ciento cincuenta lo cedo.

—¡Ciento cincuenta!

—¡Es una enormidad!

—¡Ni un céntimo menos!

Siguió un rápido altercado. Ambos compradores regateaban el precio; pero sus ofertas se estrellaban en la codicia del dueño.

Los padres de Alegre escuchaban el diálogo con la muerte en el alma, y aunque desconocían el idioma en que hablaban aquellos hombres, demasiado comprendían por sus ademanes de qué se trataba.

Razón tenía el guardián de la caravana cuando decía al pequeño **pamú** que ahorrara el llanto. El, que por dichosas casualidades había ido hasta entonces con sus padres, aun iba a sufrir un dolor mayor que todos los sufridos.

Poco a poco habían ido llegando los mercaderes de carne humana, que en breve serían sus dueños.

Algunos de ellos se colocaron frente al grupo de los **pamús**, los más hermosos tipos de esclavos que había en el mercado.

Los padres de Alegre sentían congojas mortales. ¿Serían vendidos a un solo dueño, o los separarían para venderlos a varios que los llevaran a distintos países donde jamás volverían a verse?

Un mercader se había acercado al grupo de los tres hermosos negros; los examinó prolijamnete, y llamó al dueño de la caravana.

—¿Cuánto quieres? —le preguntó.

La suerte parecía propicia: a las desdichas de aquella pobre familia no se uniría la más honda de una cruel separación.

Pero cuando el trato estaba para cerrarse llegó otro comprador, que, dirigiéndose al dueño de la caravana, dijo señalando a Alegre:

—¿Me vendes este niño? Te doy cuarenta liras.

—Es mío ya, —respondió tranquilamente el primer comprador.

—¿Sí? ¿Cuánto ha dado usted por él?

El extranjero, que en realidad no había aún ajustado el precio, vaciló un momento.

—Cincuenta liras, —dijo.

de corsario! ¡Bah! —prorrumpió alegremente,— ¡qué ha de ser!

"Poco después el **Palermo** llegaba a los puertos de Levante. Allí estuvo anclado o recorriéndolos unos dos meses, que el capitán Raffadali empleó en aumentar sus riquezas. Sea que se condujera con más habilidad que nunca, sea que su crédito de buen mercader hubiera crecido, es lo cierto que las ganancias que realizó en aquel viaje fueron cinco veces mayores que las que había hecho en ningún otro. La bodega del **Palermo** volvía repleta de productos de la industria oriental: sederías, tapices, esencias y mil géneros diversos que hallaban fácil salida en los mercados europeos. Además, los cequíes abundaban en las arcas del afortunado capitán.

"Aquel barco hubiera sido una presa magnífica para los piratas; pero, como decía el contramaestre, el **Palermo** se reía de ellos por la negra boca de sus seis cañones.

"Sería la media noche. El capitan dormía con Enrique en la cámara. El muchacho, sofocado por el calor que reinaba en ella y ansiando respirar la fresca brisa que en aquel momento hinchaba las velas del buque, subió a cubierta. Allí la obscuridad era completa; todas las luces se habían apagado. El silencio era asimismo profundo; sólo se oía el chapoteo de las olas que batían los costados del buque.

"No dejaron de extrañarle a Enrique estos detalles, pues sabía que un barco en alta mar jamás debe apagar las luces de posición.

"Intranquilo, dio algunos pasos, cuando oyó el crujir de una escotilla que se abría. Iba a retroceder para entrar en la cámara, cuando le interceptó el paso un hombre cuya figura se dibujaba borrosamente en la obscuridad. Sus pies desnudos no hacían ruido. Enrique apenas tuvo tiempo de ocultarse detrás de un rollo de cables, con el cual el otro tropezó.

"—¡Diablo! —gruñó.— ¡Casi me voy a pique! ¡Y todo por causa de ese bárbaro de Dimas que no echó el rollo a la sentina!

"El muchacho estuvo a punto de dar un grito: por la voz y la estatura había conocido a Volpi.

"El contramaestre se acercó a la rueda del timón; junto a ella estaba un hombre. Volpi no habló; lanzó un silbido muy suave, que, sin duda, era una señal convenida porque instantáneamente subieron dos o tres hombres, a cubierta, reuniéndose a los otros dos.

"—¿Y Ben-Hissar? —preguntó el contramaestre.

"—En su puesto, junto a la puerta del camarote de proa —respondió una voz.

"—¿Y Sphakia?

"—¡Presente! —dijo otra voz.

"Todos hablaban en italiano, pero con pronunciado acento turco. Enrique buscó en su memoria los nombres que había pronunciado el contramasetre: estaba cierto de que los oía por primera vez. Éran, pues, hombres extraños a bordo. ¿Cómo habían entrado? ¡Misterio! Quizás —pensaba el muchacho— entre los fardos de la carga, y

al lado de sus padres en aquel obscuro rincón. Los veía llorar, y lloraba, sin comprender la causa de aquel llanto.

Un día, el buque en que iban se detuvo. Sus dueños abrieron las escotillas y los sacaron al puente; desde allí pudieron ver que estaban en una ciudad. Desembarcaron, y reunidos en larga caravana empezaron una triste jornada.

Desde aquel día caminaron muchos más a través de un país desconocido.

¡Cuántas veces en su larga y dolorosa peregrinación, siguiendo las ásperas sendas abiertas por las caravanas que pasaron antes, el pobre niño, impotente para dar un paso más, soltaba el dique a sus lágrimas! Su madre, viéndole llorar, le estrechaba entre los brazos diciéndole:

—¡No llores, hijo mío; esto concluirá pronto! —Y la desgraciada, queriendo enjugar las lágrimas de su hijo, sólo conseguía aumentarlas con las suyas.

Y cuántas veces amargaba aquellas tiernas efusiones la voz del guardián, que decía al niño con siniestra risa:

—¡No llores, desgraciado; aun te falta lo mejor! ¡Guarda tus lágrimas para entonces!

Después de largas jornadas llegaron a una gran ciudad. En ella pudieron descansar algunos días regularmente alimentados. Sus amos los destinaban al mercado de esclavos, y mala figura hubieran hecho allí con sólo la piel y los huesos.

Un día al amanecer, los llevaron a una extensa plaza.

cerla cuando él, entre avergonzado y gozoso, se la contó a cambio de algo muy dulce.

De los lugares donde corrieron sus primeros años, recordaba confusamente un inmenso bosque tendido en la margen de un río, un sol abrasador y noches medrosas, pobladas de rugidos de aquellos animales que sólo vio muertos, y que le hacían temblar de miedo en su camita de palmera.

Era un rincón de las selvas africanas.

Recordaba a sus padres, negros como él, en todo el esplendor de una hermosura y robustez incomparables.

Hay en el Africa occidental, en las costas del Golfo de Guinea, una soberbia raza. Son los **pamúes.** La tez no tiene el color intensamente obscuro y repugnante de los demás indígenas: en los ojos grandes y animados chispea una inteligencia poco común; el cabello es largo, y las facciones no tienen nada que envidiar a las más puras del tipo caucásico.

A esta raza privilegiada pertenecían los padres de nuestro héroe.

Vivían felices en un pueblecillo de pobres chozas rodeadas de campos de mandioca, de palmeras y de plátanos.

Un día —¡triste día para ellos!— llegaron por el río, en grandes embarcaciones, unos extranjeros que incendiaron el pueblo, asesinaron a muchos de sus habitantes, se apoderaron de los más hermosos y robustos, y después de encerrarlos en la sentina de sus barcos, abandonaron el país.

Alegre iba entre ellos. Mucho tiempo pasó

habian permanecido ocultos hasta entonces en la sentina. Esta no era una maniobra dificil estando en connivencia con el contramaestre. Pero no tenía tiempo de reflexionar: los hombres hablaban nuevamente y no quería perder ninguna de sus palabras.

"—¿Y la tripulación? —preguntaba uno.

"—No podrá hacer nada —respondió el contramaestre. —Ben-Hissar tiene asegurada la puerta: quedará encerrada, y cuando pueda salir, ya será tarde.

"—Entonces, ¿no queda más que el capitán?

"—Nadie más que él y su hijo: vé, y entiéndete con ellos.

"—¿Los mato?— preguntó el turco con atroz sangre fria.

"—¡No, bárbaro! —exclamó riendo el contramaestre —No hagas eso; tengo yo una cuenta que arreglar con el capitán: de todas maneras, hoy o mañana, la muerte le sabrá igual.

"—¿Y al muchacho? —preguntó de nuevo el turco.

"—A ese, si; mátalo —gruñó el timonel.

"—¡No!— ordenó el contramaestre con vos seca.— A ése, no. ¡No permito que nadie le toque un pelo! ¡Ni hoy, ni mañana, ni nunca! Sacaremos de él un buen grumete. Me recuerda a un hijo mio que, si viviera, sería de su edad. Anda, y haz lo que te digo. Pero poco ruido, ¿eh?

"El corazón de Enrique palpitaba con fuerza. ¿Qué hacer? No habia más que un recurso: avisar a su padre. ¡Ah! Pero ya era tarde: el turco ha-

bía desaparecido por la escalera de la cámara, y él no podía acercarse a ella, porque los hombres que estaban en el puente le hubieran apresado.

"Aunque con el corazón oprimido, conservaba su sangre fría y reflexionaba cuerdamente: su padre no estaba en inmediato peligro, según las órdenes del contramaestre. Por otra parte, nada podía hacer él contra varios hombres; era preferible obrar por astucia. ¿Cómo?

"El muchacho sentía correr el tiempo con espantosa rapidez, midiéndolo por las palpitaciones de su corazón.

"Un rayo de luz hirió los ojos: el contramaestre acababa de encender una mecha, y con ella dio luz a dos linternas. Colocó una sobre la bitácora, y tomó la otra.

"Enrique se estremeció de terror; agazapóse cuanto pudo detrás del rollo de cables para evitar que le descubrieran.

"—¡Tarda mucho! —decía el contramaestre.— Voy a ver qué pasa. Vosotros, esperad aquí.

"En aquel momento se oyó un grito en la cámara de popa.

"—¡Socorro! ¡Socorro! —exclamó alguien.

"—Es Ben-Hissar — dijo el contramaestre.— ¡Ha perdido la partida! Pero aun es tiempo de ganarla. ¡Venid todos conmigo!

'Volpi, seguido de los otros, se precitó tumultuosamente en la cámara.

"Enrique se plantó de un salto en medio del puente.

EL MERCADO DE ESCLAVOS

I

Tenía doce años, y era un tímido y gracioso negrito cuya sonrisa fácil descubría dos hileras de dientecillos blancos y apretados, y de ojos profundos, algo soñadores, que una candorosa malicia esmaltaba de fugaces chispitas doradas.

Aunque parecía frágil y delicado, era fuerte y diestro.

Su nombre..... ¿Quién podía saber su nombre, cuando él mismo lo ignoraba? En el pueblo le llamaban Alegre, porque así lo había bautizado el tío Delfín. Y aquel gracioso apodo le cuadraba, porque era alegre como los pájaros, como los corderos, como las praderas, como los arroyuelos, como todas las cosas alegres. Sin embargo, en la profundidad de sus ojos negros, cuando estaba pnesativo, veíase brillar un relámpago de tristeza: quizás era un recuerdo que venía a desflorar la tranquila superficie del mar de su alma; tal vez era que leía en su mente alguna página obscura de su historia.

Porque Alegre tenía una historia más larga que su vida.

Pocos en el pueblo sabían algo de ella, y entera, sólo su amiguita Flor del Aire llegó a cono-

"Auxiliar a su padre, era imposible. ¿Qué podía él contra cuatro hombres?

"Un pensamiento sublime iluminó la mente del muchacho.

"—¿Qué hacer? ¡Dios mío! ¿Qué hacer? —exclamaba indeciso e impaciente.

"Mientras tanto, el ruido crecía en el camarote de popa.

"Cogió la mecha y la linterna que habían quedado junto a la rueda del timón, y se apoderó de un hacha que allí había. En tres saltos llegó a la santa bárbara, hundió la puerta a hachazos con fuerza que duplicaba su misma desesperación, y penetró en ella.

"Todo era desórden a bordo: en la cámara de proa el capitán se debatía furiosamente pugnando en vano por desasirse de los brazos de los tres marineros que habían corrido a ayudar a Ben-Hissar, quien se hallaba tendido en el suelo, medio ahogado bajo la presión de los férreos dedos de Raffadali; en el camarote de popa se alzaba la espantosa gritería de toda una tripultción despertada de improviso por el rumor de la lucha, y que en vano trataba de abrir la puerta, sólidamente asegurada por el bandido Sphakia. Y mientras tanto el buque, abandonada la rueda del timón, iba dando tumbos sobre las olas, que comenzaban a agitarse con la brisa, cada vez más fresca.

"Enrique desfondó con el hacha varios barriles de pólvora, y tomando en una mano la mecha encendida y en la otra la linterna, que arrojaba un

chorro de luz sobre su rostro, exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

"—Volpi, Ben-Hissar, Sphakia! ¡Venid; venid todos!

"El timonel, una vez asegurado el capitán, corrió a la rueda del timón para enderezar el barco, que cabeceaba horriblemente. Al subir a cubierta vio con indecible espanto al hijo del capitán, que, con una mecha en la mano, estaba pronto a dar fuego a la santabárbara.

"—¡Ah, maldito! —rugió palideciendo; y se precipitó en la cámara de popa gritando:

"—¡Volpi, Volpi! ¡Corred pronto, o hacen volar el buque!

"El contramaestre apareció en el puente, sañudo, desgreñado, amenazador. Con voz breve dio orden al timonel de enderezar el barco; corrió a la santabárbara, y al ver la actitud del niño, en cuyo rostro daba de lleno la luz de la linterna, lanzó un rugido, y le apuntó con una pistola.

"—Es inútil —gritó el hijo del capitán.— ¡Siempre caerá la mecha sobre el barril y volará el bergantín con todos los piratas que hay a bordo!

"El brazo levantado del contramaestre, cayó inerte.

"—Di, muchacho —exclamó pálido de terror; — ¿qué quieres hacer?

"—¡Nada! respodió Enrique con aterradora calma. ¡Hacer volar el buque!

—¡No: tú no harás eso, hijo mío! —replicó el pirata dulcificando cuanto pudo la voz.

FOLLETIN DE "LA ACTUALIDAD"

HUGO WAST

ALEGRE

NOVELA



* 1919 *

se creyó fuera del alcance de toda zozobra que le ocasionara la falta de alimentos. Hace un año se supuso que la Gran Bretaña podría usar los aeres de todo el mundo, para ponerlos en contraposición con los «acres» alemanes. Hoy la misma Inglaterra se ve en una situación que no tiene paralelo en su historia. Sus acres allende los mares desaparecieron como resultado del bloqueo que nuestros submarinos hacen cada día más efectivo alrededor de Inglaterra. Hemos tomado el caso en consideración, y hemos osado ensayar. Seguros del resultado, no permitiremos que nadie ni nada nos lo arrebate."

Estas declaraciones parecen —cuando las leemos— que son hechos de la historia antigua, sin embargo se hicieron en febrero de 1917. Por entonces, los americanos y los ingleses los leían sonriendo; les parecía que eran las salidas teutonas que se nos habían hecho tan familiares; palabras huecas, balandronadas, para sostener el espíritu alemán que decaía. Suponíamos que el Kaiser y sus consejeros en realidad creían que no se le daría mérito a las especiosas declaraciones. Sin embargo, no sólo creían lo que decían, sino que, como ya lo hemos explicado, también tenían todas las razones para creerlo. El Kaiser y sus asociados habían calculado que la guerra terminaría el primero de julio o el primero de agosto; y los oficiales ingleses con quienes me puse en contacto, fijaban la fecha para el 1º de noviembre, siempre que no fuera posible inventar un método para poner coto a los submarinos.

II

Entonces ¿cómo sería posible que nosotros derrotáramos a los sub-marinos? En otros términos: ¿cómo podíamos nosotros ganar la guerra? Antes de abordar el tema, es bueno comprender precisamente lo que pasaba en la primavera y el verano de 1917 en las aguas de las Islas Británicas. ¿Cuál era ese nuevo y extraño tipo de guerra que estaba abatiendo la causa de los aliados? De nada parecido se tenía conocimiento en la historia; nada semejante se había previsto en 1914 (el 3 de agosto), cuando el gobierno arrojó todos sus recursos y a todo su pueblo contra el enemigo de la humanidad.

Sin tomar en consideracion el derecho internacional ni la humanidad, debemos confesar que estratégicamente la campaña submarina alemana estaba bien concebida. Su propósito era hacer pasar a su favor esa fuerza que ha sido siempre la decisiva en los grandes conflictos internacional es: la potencia marítima. Las ventajas que el control de los mares da a la nación que lo posee, son manifiestos. En primer lugar, asegura la comunicación del país con el mundo exterior y sus propios aliados, y al mismo tiempo, corta las comunicaciones del enemigo. Facilita a la nación dominante en el mar, aprovecharse de los recursos de todo el mundo; obtener alimento para su población civil, materia prima para sus manufacturas, municiones para sus ejércitos; y, de manera simultánea, mantener el comercio del cual depende la vida económica. A la mencionada nación también la pone en condiciones de trasportar tropas al campo de acción que se requiera. Al mismo tiempo, la potencia marítima que otorga tantas bendiciones a la nación dominante, facilita el privar al enemigo de esas ventajas, pues el segundo recurso de una potencia marítima es el bloqueo. Si el adversario —en su indusria y en su agricultura— depende del mundo exterior, la potencia marítima trasforma el país enemigo en una fortaleza sitiada, y tarde o temprano la obliga a rendirse incondicionalmente. Sus operaciones no son teatrales, pero obran con la misma eficacia de la muerte misma.

Este hecho es tan familiar que sólo insiste en el con el propósito de llamar la atención hacia otro hecho que no es tan manifiesto. Quizá el lugar más común de la guerra, o lo más conocido, como también se dice, desde el punto de vista de la prensa era que la flota británica controlaba los mares. Esta sencilla circunstancia, como ya lo he dicho, fue la razón por la que todos los que estudiaban historia, insistían en que aquella no podía ser derrotada nunca. Fue hasta en la primavera de 1917 que realmente abrimos los ojos a la verdadera situación. Ya había pasado varios días en Inglaterra cuando hice este importantísimo descubrimiento: que la Gran Bretaña NO dominaba los mares. Todavía los dominaba en el antiguo sentido nelsoniano, es decir, su Gran Flota 'contenía" con éxito las escuadras alemanas y las mantenía en su lugar, pues realmente permanecieron en sus respectivos puertos durante la mayor parte de la guerra. En otros tiempos, con semejante exhibición de poder, indudablemente habrían ganado la guerra en favor de los aliados; pero a eso no se puede llamar dominio de los mares en el sentido moderno, sino simplemente control de la superficie del mar. En los actuales métodos de guerra modernos, el dominio de los mares implica algo más que el control de la superficie del agua, pues hay otra clase de buque, el que navega imperturbable bajo las olas, revelando su presencia con ciertos inervalos, y que es capaz de disparar un proyectil que hunda en pocos minutos al buque que se siente más ufano en la superficie. La existencia de ese nuevo tipo de barco de guerra, hace del control de los mares una cosa muy diferente de lo que era en tiempo de Nelson. Mientras ese buque pueda operar bajo de agua casi a voluntad del comandante —cosa que sucedió en una extensión considerable del océano a principios de 1917— es ridículo decir que una armada domina los mares, pues el barco sumergible, cuando se maneja con éxito como los alemanes en 1917, quita a la armada las ven-

tajas que en otras guerras han sido decisivas. Es decir, que la armada que navega sobre el agua ya no puede proteger por completo las comunicaciones como podía hacerlo en los días de Nelson y de Farragut. Ya no garantiza a un beligerante sus vituallas, sus municiones, su materia prima para la manufactura y el comercio, ni tampoco el libre movimiento de las tropas. Es manifiestamente absurdo decir que un beligerante que ha perdido 800.000 o...... 900.000 toneladas mensualmnete, representadas en buques —como sucedió a los aliados en la primera de 1917— sea el amo de los mares sin disputa alguna. Si los submarinos alemanes hubieran continuado con el mismo éxito su campaña submarina, los Estados Unidos no habrían podido trasportar su ejército a Francia, ni los materiales y alimentos que se enviaban a Europa, y que eran esenciales para ganar la lucha; no habrían podido atravesar el océano esos cargamentos. O sea, el contról completo de la sub-superficie de parte de Alemania habría hecho que el bloqueo rebotara sobre Inglaterra, con la misma fuerza que se había concebido para reducir al Imperio Germánico.

En su debida oportunidad, trataré de mostrar que la inmediata relación que existe entre la superficie y el control de la sub-superficie; esta narración descubrirá el hecho de la nación que posee el control de la primera también posee potencialmente el de la segunda.

El propósito de Alemania al adoptar la guerra submarina sin restricciones fue por supuesto uno de los que ya he indicado: privar a los ejércitos aliados en el campo de batalla y a la población civil, de las provisiones que venían de allende el océano, provisiones que eran esenciales para la victoria. La naturaleza se había mostrado generosa con el programa de los alemanes cuando creó las Islas Británicas. Realmente, este pequeño reino, y las aguas que lo rodean, parecía que se habían anticipado a la campaña submarina. Con el propósito de hacer comparaciones, tomemos en consideración la posición geográfica de los Estados Unidos. Una simple ojeada al mapa, mostrará cuan difícil, si no imposible, sería establecer un bloqueo submarino contra los Estados Unidos. En primer lugar, las operaciones de los sumergibles a más de dos. En primer lugar, las operaciones de los sumergibles a más de dos millas de su base, presentaría dificultades casi insuperables. Alemania podría enviar de cuando en cuanto un submarino a nuestras costas (ella demostró este hecho en la guerra), pero sería un punto menos que imposible mantener una campaña regular y persistente. Aunque pudiese sostener una fuerza constante operando en nuestras aguas, otras dificultades naturales harían fracasar los esfuerzos más determinados. Las vías comerciales se aproximan a nuestras costas en la forma de un abanico, del cual diferentes líneas llegan a Boston, Nueva York, Filadelfia, Norfolk y los puertos del Golfo de México. Para destruir los buques que se dirigen a puertos americanos, sería necesario que el enemigo cubriese todas estas rutas con submarinos: un proyecto tan vasto que apenas valdría la pena de ensayarlo. Además tenemos numerosos puertos en el Pacífico, a los cuales podríamos remitir los fletes caso de que nuestro enemigo tratase de bloquear la costa atlántica; nuestro espléndido sistema de ferrocarriles transcontinentales efectuaría la distribución interna, cosa que no es especialmente difícil. Sobre todas estas consideraciones, por supuesto, está el hecho de que los Estados Unidos constituyen un país industrial y una entidad agrícola, que se sostiene y se alimenta por sí misma, y por consiguiente no podría ser obligada a rendirse por el hambre, aunque el enemigo venciera los insuperables obstáculos y lograra establecer el bloqueo submarino. Pero la situación de la Gran Breaña es enteramente diferente. De allende los mares, le llega la mayor parte del alimento que consume, y una porción considerable de materia prima; en abril de 1917, según las declaraciones que se hicieron a la sazón—Inglaterra tenía alimento suficiente tan sólo para seis semanas, o dos meses. Las rutas comerciales por las cuales venían dichas provisiones, hacían que el bloqueo fuese una cuestión muy sencilla. En vez de las varillas del abanico, que es la comparación que he hecho con respecto a nuestra costa, ahora tenemos que referirnos al cuello de la botella.

Las rutas comerciales de nuestra costa atlántida divergen, y en cambio, las de la Gran Bretaña convergen casi a un solo punto. Las lejanas vías por donde llegan a Bretaña, los alimentos y las materias primas procedente de doce focos distintos, vienen a dar al Mar de Irlanda o al Canal de la Mancha. Para cortar las comunicaciones de la Gran Bretaña, no se necesita por tanto que los submarinos patrullen dos ni tres mil millas de costa marina, como tendrían que hacerlo con los Estados Unidos; simplemente les basta recorrer la poca extensión de mar que hay al Occidente y al Sur de Irlanda.

Esta fue precisamente el área que los alemanes escogieron como campo principal de sus operaciones. Fue allí cuando los llamados botes U operaron con el efecto más mortífero; esas aguas constituían el lugar más a propósio para dar caza a los barcos enemigos, pues llegaban a ellas los buques con grandes cargamentos de vituallas y provisiones procedentes de América, con rumbo a Liverpool y a los puertos del Canal. Los submarinos que causaron sus destrozos en esta región, eran del tipo que más fama ha alcanzado entre los sumergibles. Había otros tipos que describiré después, pero los botes U eran los que gozaban de mayor confianza en la armada ale-

mana; medían un tamaño bastante considerable, con una capacidad 800 toneladas; llevaban de ocho doce torpedos, y combustible y provisiones suficientes para mantener en el mar de tres a cuatro semanas. Al llegar aquí permitidme que corrija un concepto erróneo. Los submarinos no tenía sus bases en las costas irlandesas o españolas porque les habrían servido para nada. El tiempo que empleaba un sumergible en su navegación, no dependía —como la mayor parte de la gente cree— en la provisión de combustible y vituallas, pues casi todo submarino podía llevar consigo una cantidad suficiente de cosas necesarias por un período indefinido, y el bote U fácil le sería atravesar el Atlántico de ida y vuelta. El tiempo de su navegación dependía de su provisión de torpedos. Un sumergible regresaba a su base cuando agotaba sus proyectiles desructivos; si los disparaba todos en veinte y cuatro horas, entonces sólo un día duraba la gira; si los torpedos no se acababan en un mes, entonces el submarino permanecía navegando todo ese lapso. Las bases en la costa irlandesa sólo habrían sido útiles en el caso de que hubiesen servido para renovar la provisión de torpedos, y el caso era imposible. No; no se guardaba ningún misterio con respecto a las bases de los sumergibles. Cuando los alemanes capturaron la ciudad de Brujas, en Bélgica, la convirtieron en una base de submarino; muchos botes U fueron construídos allí; había facilidades para poner los buques en dique, para repararlos y para abastecerlos. Brujas fue, pues, uno de los principales centros de la campaña destructiva que se lanzó contra el comercio británico. Brujas en sí misma es una población isleña, pero de allí arrancan dos canales, el uno que va a Ostende y el otro a Zeebrugge, y de este modo la base submarina interior formaba el vértice del triángulo. Fue por los canales que los botes U llegaron al mar abierto.

Una vez en el Canal Inglés, tenían ante su elección dos rutas para dar caza a los buques enemigos en aguas de Occidente y Sur de Irlanda. Gran número de sumergibles efectuaron al parecer innecesaria travesía del Mar del Norte y el rodeo de Escocia, pasando por el Fair Islanda Passage, entre las Islas Horcadas y las de Shetland, a lo largo de las Hébridas donde algunas veces se detenían, y después bordeaban la costa occidental de Irlanda. Esto parece un largo y difícil viaje, sin embargo el tiempo no se perdía por completo, pues los botes U, como lo muestra el mapa de los hundimientos, por lo general sorprendían varios buques en su camino. Pero los submarinos tenían como alternativa una ruta más corta para llegar a los lugares a propósito para la caza. También sobre este punto he de corregir otro concepto erróneo. Los que leían los periódicos muchas veces tuvieron noticia de las vallas puestas en el Canal de la Mancha, desde Dover hasta Calais, y por lo general creía que la mencionada obstrucción impedía a los sumregibles el pasar al otro lado. Eso no fue cierto. El transporte de tropas y provisiones sobre la superficie del mar se hizo al principio perfectamente, pero las minas, las redes y otros obstáculos que se pusieron con el objeto de impedir el paso de los submarinos, no realizaron su cometido. Como consecuencia lógica, en 1914 la armada inglesa poco sabía de minas; siempre las había despreciado por considerarlas ocmo armas de "muy débil potencia", y su valla fue arrastrada por las fuertes mareas y las tempestades, y las minas resultaron tan defectuosas hasta el grado que las ostras y otros animales marinos se adhirieron a las espoletas y las hicieron completamente inofensivas. En 1918, bajo la dirección del Almirante Sir Roger Keys se reconstruyó la valla con un nuevo tipo de mina, y en efecto llegó a ser una barrera muy efectiva; pero en la primavera de 1917, los sumergibles alemanes encontraron poca dificultad en colarse, especialmente por la noche. Y desde ese punto, la distancia que hay a

las principales rutas comerciales a Sur y Occidene de Irlanda era relativamente corta.

Aunque los botes U eran enormemente destructores, el número de los que operaban en este o en aquel campo, de manera simultánea, nunca era muy grande. La extensión marina infestada por los submarinos germanos fue otro concepto erróneo y ridículo que prevaleció de un modo especial. Los barcos mercantes que constantemente se decía eran atacados "por submarinos en grupos", y muchos civilistas todavía creen que los sumergibles asaltaban su presa en flotillas, como ribazón de peces. Apenas hay un soldado americano que por lo menos haya visto una docena de submarinos en su travesía del Atlántico; la espuma formada por la marea al romperse, y las marsopas al nadar, en el acto eran equivocadas con la estela de un torpedo; todo pedazo de madera que flotaba era tomado en la ardiente imaginación de los viajeros trasatlánticos, como periscopio. El hecho es que, con pocas excepciones, siempre sabíamos que un sumergible alemán se había escurrido furtivamente de su base y pasado al océano. El servicio secreto de los aliados era inmensamente superior al de los alemanes; rindo homenaje especial al Departamento de Información Naval Británica, al aludir a esto. Siempre teníamos conocimiento de cuantos submarinos poseían los alemanes, y donde estaban; siempre sabíamos cuantos se estaban construyendo, donde los estaban construyendo, y el grado de adelanto a que habían llegado en un momento dado.

No era lo más sencillo del mundo sacar a un submarino de su base. Los aliados constantemente ponían minas en los puntos de salida, y antes de que el bote U traspusiera la valla con éxito, era preciso que efectuara costosas operaciones para limpiar de minas el camino. A menudo se necesitaba un escuadrón de quita-minas o de buques que navegaban en la superficie, que trabajaban varias horas, para que un sumergible pudiera salir de su base y empezara su jornada. De este modo, siempre teníamos noticia cuand salía un submarino, y no sólo eso sino que sabíamos cual era, y a menudo como se llamaba su comandante y otros valiosos detalles. Además sabíamos adonde iba, y teníamos en nuestro poder la carta de su gira que pensaba efectuar, y en la cu marcábamos todos los días de viaje que efectuaba cada submarino en particular.

"¿Por qué no lo hundíais, entonces?" es la pregunta que por lo general me hacían cuando manifestaba lo anterior. Esa pregunta, como lo mostraré sólo revela la ignorancia que prevalece en todas partes acerca de los hechos fundamentales de la guerra submarina.

En esa área marina tan frecuentada por buques, digamos del Norte de Irlanda a Brest, raras veces había más de ocho a diez sumergibles operando a un mismo tiempo. El mayor número que he anotado fue de quince, pero ello ha de considerarse como excepcional; el número corriente, era de cuatro, seis ocho, y hasta diez. Los convoyes y los buques transportadores de tropas informaban haber visto submarinos que —según nuestros cálculos— estaban en proporción de 300 por cada sumergible que operaba en el mar. También calculamos que por cada cien submarinos que poseían los alemanes, sólo diez o doce podían mantener trabajando en mar abierto. El resto se hallaba en camino hacia los lugares que hemos llamado de caza, o regresaban, o se encontraban en un puerto efectuando reparaciones, o tomando provisiones. Si Alemania hubiera podido mantener —demos por caso— quince submarinos constantemente en operación en las grandes rutas marítimas durante el invierno y primavera de 1917 —antes de que hubiésemos aprendido a dominar la situación, nada les habría evitado que ganaran la guerra. En vez de haber hundido .... 850.000 toeneladas por mes, habrían hundido de dos millones a tres millones. El hecho es que Alemania, con todo y sus minuciosas operaciones para la guerra, descuidó de proveerse de los medios con que hubiera ganado la lucha!

La circuntsancia de que tan pocos submarinos lograron realizar su obra destructiva, muestra cuan formidable fue el problema que se nos presentó. Alemania pudo efectuar lo que efectuó, porque el campo en que operó era enormemente frecuentado por buques que llevaban cargamentos valiosísimos.

En lo que he apuntado he descrito las operaciones de los botes U en la gran área al Occidente y Sur de Irlanda; pero había además otros campos de caza, especialmente en la costa oriental de Inglaterra, en la zona de Harwich a Newcastle. Este era un punto de gran tráfico en el comercio que se hacía entre los puertos del Mar del Norte de Inglaterra y los de Noruega y Suecia, tráfico que consistía en productos esenciales, como madera, y muchos artículos manufacturados. Cada cuatro días, un convoy de cuarenta a sesenta buques salía de esa región para Escandinavia; usamos la palabra "convoy", pero la operación sólo era de convoy en el sentido de que los barcos navegaban en grupos, pues la armada no se hallaba en condiciones de suministrarles una escolta adecuada, raras veces más de uno o dos destroyers, o unas cuantos yates o remolcadores. Los submarinos de tipo más pequeño, conocidos con el nombre de UB o UC, salieron de Wilhelmshaven y de Skager Rack, y constantemente se mantenían haciendo presa entre los buques destinados al cabotaje. Estos submarinos se diferenciaban de los botes U en que eran más chicos, con una capacidad de 350 a 400 toneladas, y en que también llevaban minas que se ocupaban en poner. El valor del tonelaje que hundieron, por supuesto, no se compara con las pérdidas que la

Gran Bretaña sufrió en las grandes rutas trasatlánticas, pero el problema era grave, porque las provisiones que los buques llevaban eran esenciales para el sostenimiento de las operaciones militares.

Además de estos dos tipos —los botes U, los UB y los UC— los alemanes tenían el tipo de gran crucero. Un barco de estos era del mismo tamaño que un crucero corriente, pequeño, y su desplazamiento algunas veces llegaba a tres mil toneladas. Su tripulación constaba de setenta hombres, y podían atravesar el Atlántico tres o cuatro veces sin detenerse en ningún puerto, y algunos permanecían fuera de sus bases hasta tres y cuatro meses. Pero eran buques poco cómodos; invertían mucho tiempo en sumergirse, y por esta razón, no podían operar en los alrededores del Canal ni en otros parajes donde los barcos anti-submarinos eran más numerosos. En efecto, esos buques, de los cuales los alemanes tenían en funcionamiento quizá media docena cuando el armisticio se firmó, y realizaron poca cosa en la guerra. Se les empleó principalmente para fines estratégicos. Uno o dos se hallaban por lo general estacionados en aguas de las Azores, no con la esperanza de hundir barcos mercantes, que habían logrado muy pocos, sino con el objeto de alejar los buques anti-submarinos del teatro principal de operaciones. En esto, sin embargo, no tuvieron éxito; en efecto, yo no veo que hayan hecho algo estos grandes cruceros que justifiquen los gastos y la molestia que se tomaron en construirlos.

(Continuará.)

EL REY ALBERTO DE BELGICA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Para muchas personas el Rey Alberto es la figura más descollante y familiar que apareció al principiar la gran guerra europea; el estadista que, con completo conocimiento de causa y previendo las consecuencias fue el portavoz de la resolución del pueblo belga. Pocos saben, sin embargo, que el Rey Alberto fue el soldado, el Comandante en Jefe que dirigió la monótona campaña defensiva del Yser.

Con frecuencia me han pedido que explique la parte que le tocó desempeñar al Rey Alberto en la defensa militar del frente del Yser, y cuales fueron sus relaciones con el Gran Estado Mayor Belga y los aliados. Aunque la mayor parte de los monarcas gozan del título y el uniforme de comandante en jefe de sus respectivos ejércitos, a pocos se les ha permitido ejercer —al menos con éxito— su influencia real sobre la política militar. El cargo del Rey Albero no era simplemente honorífico. A sus obligaciones militares no sólo agregaba sus raras prendas personales de tacto y firmeza, sino que también una esforzada preparación para desmpeñar el papel que le tocaba. Como su hijo, que todavía lleva el uniforme de soldado raso del regimiento de Lieja, el monarca anteriormente sirvió en el grado más inferior del ejército belga. Su residencia militar estaba

completamente separada del Estado Mayor General, en cuyo trabajo rutinario nunca intervino. Pero como conducto de comunicación entre el Alto Comando Belga y las dependencias políticas de su gobierno, la posición privilegiada del Rey Alberto, fue de un valor inestimable para llevar a cabo la política que el Estado Mayor juzgó necesaria. Esto tiene especial aplicación en lo que se refiere a los ministerios que se hallaban en territorio extranjero. De la misma manera, las relaciones entre le Estado Mayor y los Altos Comandos Aliados se facilitaron muchísimo debido al prestigio y a la personalidad del monarca.

En el Palacio Real de Bruselas, una audiencia con Su Majestad se vuelve motivo de considerables ceremonias, pero muchos de los acostumbrados formalismos desaparecían en el cuartel general en campaña. En la audiencia que se me concedió, la presentación la hizo el primer ayudante de campo del Rey, Gral. Jungbluth, un veterano de porte erecto y marcial, a quien, a pesar de sus años, he visto con frecuencia caminar a pie y a caballo cerca de La Panne. El Genral Jungbluth ha gozado de una posición envidiable con la familia real. Durante muchos años fue el tutor militar de Su Majestad, y actuó como compañero del Rey en la primera visita que hizo el monarca a los Estados Unidos en 1898. Siempre ha permanecido como uno de los amigos más íntimos y consejeros, quizá el único de los súbditos que tienen verdadera intimidad con su soberano.

El breve momento de ceremonias en mi primera presentación oficial al Rey, terminó con un cordial apretón de manos. La impresión más sobresaliente que causa el Rey Alberto es invariablemente la de una elevada dignidad suavizada por cierta amable modestia. Las proporciones de su cuerpo son heróicas. Bien puede ser que algunas veces se mantenga muy tieso, pues sobre todo el monarca es soldado, pero no hay ningún rasgo de exhibición marcial, ni de "brillante armadura", o reluciente coraza, como dicen muchos. Su pince-nez, la desesperación precisamente de los escultores y de los pintores de la escuela "oficial", agracia sobremanera la mirada de sus ojos que son azules. Su cabello es rubio, un poco claro el que cae sobre la frente debajo del casco, pero sin llegar al tinte gris. No parece que tiene cuarenta y cuatro años, y la vida de ejercicio al aire libre que está unida al puesto de un verdadero comandante, parece sentarle muy bien.

El rey habla inglés despacio, pero correctamente. Aun cuando habla su lengua materna que es el francés, causa la impresión del hombre que pesa sus palabras antes de pronunciarlas, pero sin dejar por eso de ser franco.

Durante la entrevista, el Rey manifestó su aprecio por la visita que le hiciera el General Pershing, y se expresó con entusiasmo del programa que se había elaborado para el desembarque de las tropas americanas.

Después de mi audiencia que terminó sin ningún formalismo, tuve la oportunidad de hablar con el General Jungbluth, el Coronel Tilkaen, y otros personajes de la oficialidad del Rey.

Hablamos, por supuesto, de la visita de S. M. a los Estados Unidos Recordamos que tras la visita del Rey Alberto al Presidente McKinley en Washington, adoptó un incógnito más conveniente y democrático, y se dio a viajar y a estudiar cuestiones industriales y comerciales. Conversó largamente con James J. Hill respecto a la estrategia del ferrocarril. Ese rey de los ferrocarriles le dio al joven monarca la primera lección de un negocio de tan grande magnitud, y los conocimientos los aplicó más tarde el Rey de los belgas, que es por cierto un pueblo industrioso y de alto talento mecánico.

(Del artículo V. P. Cresson).

CURIOSA ENTREVISTA CON EL KRONPRINZ EN LA ISLA DE WIERINGEN

Según sabrán nuestros lectores por los últimos cables, el Kron Prinze ha visitado a Guillermo II y a la Kaiserina en el Castillo de Amerongen. donde el antiguo emperador de Alemania ejerce el oficio de aserrador. Las primeras noticias decían que la Princesa Cecilia se uniría a su esposo, el Príncipe Federico Guillermo; más tarde se anunció que ella y sus hijos pasarían a la nueva residencia del ex-Kaiser en Doorn. El ex-Kron Prinze ha estado expatriado en la Isla de Wieringen.

En dicha isla, el príncipe sin corona vivía en su casita de cuatro piezas: una sala y un comedor en el piso de abajo y dos dormitorios en el de arriba. Un dormitorio lo ocupaba el príncipe y el otro dos oficiale alemanes que acompañaban a Federico Guillermo. Los cuartos están provistos de muebles de roble holandés, y las paredes han sido adornadas con dibujos al lápiz hechos por el mismo Federico. No hay baño.

La casa la dio en alquiler el pastor de la aldea. El mayordomo es un ex-sargento prusiano que habla como si todavía estuviera en su regimiento.

Walter William nos refiere una entrevista que tuvo con el ex-príncipe en esa casita de madera de color oscuro en el Zuyder-Zee, y entonces Federico Guillermo parecía gozar de mejor salud que cuando se hallaba en Berlín. El Príncipe le dijo que en Wieringen se vive una vida irreprochable. Estaba bien rasurado y su rostro aparecía quemado por el sol.

Federico Guillermo suele pasear en motocicleta y llega al malecón de la aldea de Koukes, donde desembarcan pasajeros, correo y carga, tres veces diarias. procedentes de Ewijchluis. A dicho lugar se llega por tren y vapor de Amsterdam, vía Zaadam.

En el mencionado malecón lo encontró Williams; allí el príncipe esperaba a un mayor del ejército que había pertenecido a su estado mayor en campaña. El gobierno holandés permite al expatriado de Wieringen que sus amigos pasen algunos días en su compañía. Aunque Williams no lo hubiera conocido personalmente, lo habría identificado por las ceremonias que le tributan los pescadores, quienes le llaman "Zipne Hoogheid' (Su Alteza), y no Mynheer Hohenzollern, como había dicho la prensa.

Más de cuarenta niños de mejillas, rosadas, fuertes y felices lo rodeaban con su traje nacional, sus zapatos de madera pintados y sus boinas de lazas. Todos se interesaban en la motocicleta del príncipe, en su chaqueta de cordobán oscuro y en sus anteojos de camino.

"Me gustan mucho los niños", dijo Federico Guillermo, dando palmaditas de cariño a una chica de ojos azules. "Y creo que también yo les caigo bien. La gente de esta isla es muy buena. Tengo libertad de pasear por donde quiero, cosa que es preferible a encerrarme en un castillo como lo ha hecho mi padre en Amerongen. Desde mi llegada aquí en noviembre. sólo una vez he abandonado la isla, cuando fui a encontrar a mi madre a Amersfort. Ese encuentro lo arreglaron por supuesto los oficiales holandeses en La haya, y se envió a recibirme un automóvil al desembarcar yo en Ewijckluis. Parece que los corresponsales de los periódicos no tenían conocimiento del arreglo efectuado, porque enviaron noticias diciendo que me había escapado de Wieringen y que iba a colocarme a la cabeza del partido militarista de Alemania para apoderarme del trono."

"Fue una bonita broma que causó mucha risa entre los diplomáticos de La Haya, en varias embajadas y legaciones."

Al príncipe no le preocupa el futuro, y habló con mucha calma respecto a sus proyectos de regresar a su patria ahora que el Tratado de Paz se ha firmado. Federico Guillermo vivirá como terrateniente en sus propiedades de Silesia.

Habló de la guerra como si fuera un simple observador, más bien que como un personaje que se ha visto directamente interesado en el desarrollo y conclusión de la gran lucha

Cuando Williams le pidió una entrevista, el príncipe el contestó así:

"Siento decirle que no me es posible conceder entrevistas a los corresponsales de periódicos, porque mi padre se pone furioso y ello puede causar daño a Alemania. Soy alemán, y por consiguiente no deseo hacer nada que pueda perjudicar a mi patria. He sufrido muchísimo por las citas que hacen de mí los corresponsales que han venido a Wieringen; el único periodista a quien he recibido es Karl von Wiegand; es un amigo mío que viene a paar los domingos conmigo."

A pesar del veto paterno, Williams tuvo una pequeña conversación con Federico Guilermo, que habló inglés correctamente sin indicar por su acento su nacionalidad. Dijo que estaba resuelto a no pasar, si le era posible, otro invierno en aquella isla. El verano era bueno, pero el invierno era algo terrible que no se

puede describir con palabras.

"El frío casi me ha matado, y tengo que mantener hogar en mis habitaciones a causa del viento norte que sopla muy helado por la noche Luego, la neblina, la lluvia y la nieve, fuera de eso el hielo que se acumula en Zuyder Zee, y aísla de tierra firme, a Wieringen, haciendo las condiciones tan calamitosas que yo pensé que me iba a morir. Era literalmente imposible calentarme. Las noches eran largas y eché de menos la sociedad de la gente culta. Me gusta la ópera, la buena música, las conferencias sobre temas científicos, y todas estas cosas faltan en Wiringen."

Nada dijo acerca de si le premitirían volver a Alemania; más bien pareció no dudarlo.

"Es absurdo que los aliados acusen a mi padre de ser responsable de haber iniciado la guerra, y que hablen de seguirle proceso por las cosas que han sucedido durante el periodo que duró la lucha, desde agosto de 1914. Estoy seguro que nunca se sometería a semejante indignidad, y que primero se mataría. Uno tiene siempre su honor, usted sabe."

"¿Piensa usted entrar en negocios al regresar a Alemania?"

"No; yo no soy negociante, y no quiero dedicarme a otra cosa que no sea cuidar mis propiedades en Silesia, y ayudar a mi país en todo sentido que beneficie al pueblo."

—"¿Se decía que usted había descubierto un valioso barro aquí en Wieringen, y que iba a formar una compañía holandesa que se dedicara a la alfarería en la isla?"

El príncipe se rió y contestó: "Si, realmente. Fue una broma de los correponsables. Una "inocentada", verdad? Yo no sé nada de alfarería, y además no me gusta."

Federico Guillermo se halla bien informado de lo que pasa en el mundo más allá de Zuyder Zee, y manifectó que se hallaba bien provisto de libros y de revistas.

Hablando acerca de las condiciones que prevalecerán después de la guerra, se expresó así:

"La guerra le ha dado vuelta al mundo, y en mi opinión pasarán cincuenta años para que se normalicen las condiciones financieras, industriales y de vida. Si la guerra se hubiere suspendido en 1917, antes de que los Estados Unidos tomaran parte, c e n t e n a r e s de millares de vidas se habrían salvado y las condiciones habrían sido mucho mejor que hoy.

Los corresponsales que visitaron Wieringen en el invierno y primavera, describieron la isla como un lugar casi inhabiatble, y que el pueblo era el más pobre de los que vivían en las orillas del Zuyder Zee. Cuando William fue se encontró con una multitud de rosas, de amapolas, lirios y tulipanes, con campos donde ondeaba la espiga de ltrigo, el centeno, la cebada y la avena en el orc oscuro de la luz del sol. Los tordos ,los pardillos, los mirlos y las alondras cantaban en los bsoques, mientras los cucos o cuclillos y las cigueñas revoloteaban alrededor de las aldeas.

Los agricultores de Wieringen son los más prósperos del país; van a sus plantíos en automóvil y sus dependientes viajan cómodamente en bicicletas que en Holanda han sustituído a los pies en la locomoción Hasta el chico que empuja el bote lleno de zanahorias en la corriente de la vía acuática, lleva consigo la bicicleta que lo ha de conducir a casa.

Los argciultores tienen otra renta en la isla, que les es muy provecho s.. Escogen las algas negras que se depositan en grandes cantidades a lo largo de la playa del Zuyder Zee, y las secan al sol. Después las empacan en balas y las mandan a Amsterdam, por agua, para que las usen en la fabricación de colchones.

Los oficiales ingleses que se hallaban prisioneros en un campamento cerca de Swienmunda, cerca de Sttetni, durmieron en colchones de esa clase, y para ellos fueron una maldición. La isla tiene seis millas de largo y tres de ancho, con tres mil habitantes. La aldea más grande es Hippolytushoef, con 1200 habitantes, dos hoteles, una empresa eléctrica y dos garages. El terreno es tan plano, que el campanario de la iglesia se destaca con toda precisión como si se hallara a tiro de piedra.

Es en una isla como la que hemos desorito, en medio de gente escrupulosa en su aseo y en el de las cosas que la rodean, donde se encuentra el ex-Príncipe de la Corona de Alemania Federico Guillermo.

(Viene de la página 8).

quiere, dentro de la Ciencia y el Arte. Es joya de la República y galardón eterno de su venerable fundadora y de su ilustre mantenedor.

Pretenderá la pasión de partido improbar esta o aquella medida política del actual Presidente de Guatemala; intentará, tal vez, encontrar este o aquel defecto en el edificio de progreso, de paz y de armonía levantado por él, sin desfallecimientos en su inquebrantable ánimo de luchador. Pero la misma envidia, el odio mismo, habrán de detenerse respetuosos ante su profundo amor y su incesante desvelo por la infancia, la niñez y la juventud.

No habrá Sansón que pueda romper las columnas del Templo de Minerva: Estrada Cabrera lleva a las nuevas generaciones en una escala ascendente que principia en el capullo, se vigoriza en el fruto y se embellece en la flor. Los niños levantan la más fuerte muralla entre sus posibles enemigos y él. Tiene ya la sanción de la posteridad. Nadie podrá disputarle esa página, la más blanca de su gloria.

José Rodríguez CERNA.
San Francisco, Septiembre de 1919.

A CADA CUAL LO SUYO

EL AJO

A mi amigo y colega, Dr. Pastor Guerrero.

—Hace tiempo "El Nacional" publicó un suelto encomiástico acerca de las virtudes terapéuticas de la esencia extraída de los bulbos del ajo.

—Se dijo que se emplea con éxito contra la peste, contra el cólera morbo, contra la solitaria, y contra algunos géneros de calenturas, asignándole, además, una acción especial sobre la tuberculosis pulmonar.

—Se afirmó también, que la gloria de dicho descubrimiento pertenece a los médicos del hospital metropolitano de Nueva York, siendo el inventor real, de dicho sistema, el doctor Minchin.

—Sabido es que el género **Allium** abraza gran número de plantas comestibles, unas usadas como verduras herbáceas comestibles, otras en calidad de condimentos: **Cebollas, Puerros, Ajos.**

—El ajo crece naturalmente en Egipto, en Grecia, en Italia, en Francia, en España, y ha sido cultivado desde tiempo inmemorial, en las regiones meridionales de Europa.

—Entre nosoros, son los indígenas los que se dedican a este cultivo y los que surten las tiendas y mercados de toda la República.

—Cuando se habla de esta planta de la familia de las **liliáceas** compuesta, segun Sprengel, de 92 especies ya sea en lenguaje médico o de cocina, se trata del **Allium Sativum.**

—Sus propiedades medicinales, son conocidas desde hace muchos siglos antes que Colón descubriera el Nuevo Continente.

—El Padre da la Medicina, Hipócrates, habló del uso externo e interno del ajo.

—Para Galeno y Plinio, era la triaca de **los labradores. . .**

—Para Rasail, el **alcanfor del pobre.**

—Data, pues, de tiempo muy antiguo el empleo del ajo como alimneto; pero más aun como condimento. Los Egipcios hicieron de él una divinidad y para los Atenienses era una golosina. Los atletas y luchadores comían algunos dientes de ajo con el propósito de aumentar su fuerza y su valor. Ya había observádose como los Galos, se batían con más pujanza y ardor en aquellos combates, cuerpo a cuerpo, si antes comían los bulbos de dicha planta.

—Al gran entusiasmo sobrevino el mayor desprecio y fue desterrado de la mesa de los cortesanos. El disgusto que su pronunciado olor inspirara al Rey de Castilla, Alfonso X, fue tan grande, que hasta instituyó una orden caballeresca en que se prohibia a todo caballero de comparecer a la corte con olor de ajo en la boca por espacio de un mes hasta que el olor de tal condimento fuese completamente desvanecido.

—En la "Enciclopedia moderna de Mellado encuéntranse estos párrafos: el ajo en todos tiempos dio lugar a una notable diferencia de opinio-

---

nes.. Era un Dios entre los egipcios y causaba horror a los griegos. En el Norte de Europa excita una repugnancia casi general, al paso que en las provincias del Mediodia se considera como un manjar delicioso, como un condimento casi exclusivo.

—Hay una época de Horacio en que el poeta lanza contra el ajo terribles imprecaciones, pero también existe una epístola de Marcelo, en que este poeta de la Francia Meridional definede con c a l o r la planta tan estimada de sus compatriotas. Por lo demás, el ajo, es un estimulante muy activo que puede ser provechoso a ciertos estómagos, y nocivo a otros: la medicina ha utilizado también sus propiedades enérgicas.

—Para los antiguos la virtud incontestable del ajo comprobada por la experiencia de Hipócrates, de Galeno, de Diascórides y de otros clínicos notables, y consagrada por el voto popular, es la acción anti-helmíntica.

—El jugo del ajo a la dósis de 5 a 15 gramos segun la edad del enfermo en 180 gramos de leche endulzada· tomado en la mañana y en la tarde, es uno de los mejores remedios para combatir las ascárides y los oxiuros, por supuesto con la debida precaución cuando se trata de niños delicados, o en la época de la dentición en que están predispuestos a las enteritis catarrales.

—El ingrato sabor y olor del ajo cuando no hay costumbre de emplear lo como condimento, y la facilidad de escoger otras drogas exentas de esos inconvenientes que no provocan el sentido del asco, hace que, al presente, apenas se emplee; pero en los lugares donde se carezca de tales recursos, y en casos de urgencia hay que tener presente que llena satisfactoriamente la mencionada indicación.

En lavativa la susodicha sustancia, en leche, o en cualquier otro vehículo a propósito, es muy eficaz contra los oxiuros; pequeños parásitos vermioculares que viven de preferencia en la última porción del aparato digestivo, cuya presencia ocasiona un prurito insoportable que en las niñas se complica aun más· debido a las frecuentes emigraciones nocturna a los órgano genitales externos.

—Aun hay gentes que todavía cuelgan del cuello de los niños que suponen que padecen, o que en realidad sufren de lombrices, una soguilla de dientes de ajo, y también les ponen en el ombligo una bolita de algodón impregnada con el zumo de esta sustancia.

—Para uso externo también se recomienda en el reumatismo, y en las neuralgias, como rubefaciente y has-

ta vexicante según la forma en que se emplee. Bajón afirma que es muy aconsejado en Cayena contra la mordedura de serpientes venenosas y el Dr. Walentin, asegura haberlo empleado con buen éxito en la curación del tétano prescrito al interior y en fricciones sobre las partes internas de los muslos y brazos y a lo largo de la columna vertebral.

—Paré lo elogia como antídoto en el envenamiento por los hongos.

—Otros, autores lo recomiendan por su enérgica acción sobre el aparato urinario, pues en muchos casos calma los cólicos nefríticos y favorece la expulsión de los cálculos.

—El ajo, unido a otros condimentos y a ciertas sustancias alimenticias, forma parte de las comidas preparatorias aconsejadas a los enfermos a quienes se les va a prescribir algún tenífugo, para la más segura expulsión del parásito que se combate.

—Entra, el ajo, en las siguientes preparaciones oficiales.

En el jarabe de ajo de la Farmacopea de los Estados Unidos en las toses rebeldes.

—En el papel químico,)Charta chemica) del Codex Francés, contra las neuralgias, dolores reumáticos y quemaduras.

—Pulpa de ajo. (Codex Francés) en cataplasmas contra los dolores reumáticos, callos y quemaduras.

—La pulpa de ajo del Codex Francés, como rubefaciente y vexicante, en forma de cataplasma. La pulpa sola o mitigada con alguna fécula, o mezclada con manteca, forma el famoso ungüento conocido con el nombre de **Mostaza del diablo,** que se emplea contra los callos, verrugas, la sarna y la tiña.

—Once de las sustancias vegetales más aromáticas y excitantes de que dispone la Materia Médica se asocian al ajo para preparar el célebre **Vinagre de los cuatro ladrones** tan en voga hace dos siglos atrás. Cuéntase que dicha fórmula se llamó así porque cuatro ladrones en la peste negra que azotó a Marsella en el año de 1720 se preservaron del contagio mediante este preparado y que se les perdonó la vida a condición que entregaran la receta.

—Su acción, usos y dosis son los siguientes: Obra como antiséptico, excitante, tónico, diaforético. Al interior se dá de 6 a 25 gramos en un vehículo apropiado para tomarse a pocos contra el tifus, fiebres malignas y en las enfermedades contagiosas. Externamente, en lociones, en fumigaciones y para disipar el mal olor del aire infecto bañándose la cara, las manos y rociando los vestidos.

—En 1826 Julio Defontanelle tomó una gruesa lonja de carne de buey, la cubrió con un extracto de ajo y la abandonó así misma. Dicha carne, después de poco tiempo se puso azulada, dura, pero no sufrió alteración por espacio de 12 años.

Esta propiedad es conocida desde hace mucho tiempo por los salchicheros, con el objeto de conservar mejor sus productos y darlas un sabor y aroma más agradables.

—El mismo autor obsérvó que el ajo machacado puesto sobre el mosto de uva lo conserva por algunos años, sin que se fermente. El olor pronunciado del ajo sirve para preservar las frutas de las picaduras de los pájaros suspendiendo en las ramas de los árboles fructíferos algunas cabezas de ajo ligeramente contundidas.

—Las obras modernas de acuerdo con las antiguas, compilan en estos términos las propiedades terapéuticas de esta planta: aumenta el aoetito, favorece la digestión, ejerce momentáneamente sobre todo el organismo una acción excitante que se pronuncia y se prolonga señaladamente sobre el aparato génito-urinario, sobre la piel; aumenta con evidencia la actividad de los vasos absorventes y las secreciones como todas las sustancias aromáticas que entran como condimentos en las preparaciones culinarias.

—El incrédulo doctor Chaumeton confiesa que una larga experiencia justifica plenamente el uso del ajo, contra las invasiones pestilenciales, y que no solo obra como tóxico sino que posee una virtud especifica y que está fuera de duda que es antiséptico, antiepidémico, anticontagioso y preservativo de las fiebres en los lugares palúdicos.

—En los escritos de Celso encuéntrase mencionada la virtud febrífuga del ajo, comprobada por Rasen, Burgius, etc. Cugin sostiene que ha empleado éste medio en casos de fiebres inveteradas, acompañadas de un estado caquéctico vecino a la hidropesia en personas pobres, linfáticas y estenuadas por la miseria con espléndidos resultados. Lo prescribia en tintura vinosa a la cual asociaba el ajenjo.

—Los marineros, los prísioneros, los conscriptos se procuraban la fiebre introduciéndose en el recto un diente de ajo a modo de supositorio, ardid que solo puede equivocar a un médico bisoño.

—La película trasparente que cubre el bulbo se usa con buen éxito en las cortadas ligeras, en sustitución del tafetán de marinero. Por lo que precede, el lector se convencerá que la gloria del descubrimiento de las propiedades terapéuticas del principio activo del ajo no pertenece a los médicos del hospital metropolitano de Nueva York ni mucho menos que el inventor real sea el Dr. Minchin.

—Lo que sí parece fuera de duda, a juzgar por el silencio que ellos guardan, es que aun no conocen los importatnes estudios y experiencias llevadas a feliz resultado por los médicos y farmacéuticos italianos.

—Comparando las prescripciones farmacológicas magistrales de los médicos de aqui con las empleadas en otras partès, me he persuadido que existe mas semejanza entre las nuestras, con las empleadas en Italia, que con las de los otros países, inclusive Francia cuyas obras médi-

cas son las que más figuran en las bibliotecas de los facultativos guatemaltecos.

—Esto me indujo a pedir dichos libros, los que a más de lo dicho, repetidas ocasiones, tratándose de Terapéutica y materia médica, he logrado estudiar lo que no había encontrado en otros tratados. Tal me pasó con la aglina, la calaya, el guarumo, el jambul el morro y cien más.

—He aquí extractado lo referente a la aglina interesante preparado que en la actualidad se considera como uno de los remedios más poderosos para combatir la tísis pulmonar.

—Segun la Farmacopea italiana o sea el Diccionario de Farmacia y Terapéutica compilado por G. Gallo y G. Morelli con la colaboración de distinguidos químicos farmacéuticos, la galina es el principio activo del ajo Allium sativum) extraído por el farmacéutico Zoia de Venecia. Preséntase en polvo amarillo oscuro, delicuescente, de fuerte olor a ajo.

—Se prescribe como óptimo antiséptico interno, especialmente activo contra la tuberculosis pulmonar, haciendo cesar o disminuir la fiebre y los sudores nocturnos. Tiene además una acción específica sobre el bacilo de Koch, cuasi siempre seguida de curación.

—Un gramo de aglina corresponde a cien gramos de jugo de ajo a varios hectogramos de bulbos de ajo.

—Se suministra en píldoras de quince centígramos cada una tomando cinco al día.

Esencia de ajo y sulfuro de alylo. El bulbo del ajo fue empleado como medicamento y usado especialmente como aroma-condimento desde tiempo inmemorial; pero hoy ha adquirido nueva importancia porque está probado que es un potente desinfectante. Destilándolo con agua.

Wertheim obtiene una esencia que cree sea un sulfuro de alylo y que más tarde **Hofmann** y **Cahours** obtuvieron por síntesis con olor característico de ajo. No obstante **Semmer** recientemente encontró, que la esencia de ajo, líquido que no destila a la presión ordinaria, d—1,0525 a 14,°5, no contiene sulfuro edalylo sino una sustancia sulfurada semejante a los compuestos sulfurados de la **esencia de asafétida.**"

—Ducamp, estudiando sobre el bacilo del cólera la acción de varias esencias encontró que el sulfuro de de alylo vencía a todas las esencias experimentadas y que mezclado al

medio de cultura, después de emulsionado, impedia el desarrollo del bacilo a la dilusión del: 13.200. El Dr. Ingianni, encontró que el jugo del ajo, diluído en partes iguales de agua y mezclado al terreno nutritivo, en la proporción del 5% detiene el desarrollo del bacilo del cólera; que al sulfuro de alylo impide el desarrollo del mismo bacilo al ½ por 1.000 y mata los bacilos adultos en 2 minutos y quizás instantàneamente al 2: 1000. Producido el cólera en la cavie con el método de Koch, mediante el jugo del ajo, dado instantáneamente cuando ya se habia desarrolado la infección, se pudo mantener con vida a varios de ellos.

—La acción biológica del sulfuro de alylo y del ajo ha sido poco estudiada, pero parece que está dotada de escaso poder tóxico. El ajo partido y frotado sobre las picaduras de las abispas o abejas como lo hacen algunas personas delplega una acción local irritante que puede llegar hasta la vesicación. El Dr. Ingianni dice que la esencia de ajo es bien tolerada por el hombre al interior y sus experimentos en los animales demuestran que a fuertes dósis no determina reacción local ni general, porque la ha inyectado en la cavidad del peritonéo sin la menor consecuencia, y la ha suministrado internamente en los animales a la dósis de 70 centígramos por kilógramo de peso sin producir ningún accidente. Se elimina en su mayor parte por la vía pulmonar."

—"Considerado como alexifarmaco por Galeno, el ajo es en la actualidad usado como remedio popular en la elmínteasis y en las picaduras de insectos venenosos frotándolas con esta sustancia. También fue aconsejadó en la hidrofobia aplicando la pulpa sobre la parte mordida. (Boulay.) Recientemente Gay ha recomendado el sulfuro de alylo como preventivo en todas las enfermedades gastro-entéricas con profusión intestinal, afirmando haber obtenido gran provecho hasta en diarreas graves no muy agudas. Angyan prescribe el sulfuro de alylo en el cólera por la via gástrica y en clisteres. Al interior, según la siguiente fórmula:

Sulfuro de alylo .... 30 centígr.
Emulsión de goma arábiga 35 gramos.
Esencia de menta .... 2 gotas.
Agua destilada .... 20 gramos.
Jarabe simple .... 25 gramos.

Para tomar una cucharadita cada mediá hora.

El Dr. L. Zambelletti de Milan ha preparado dos especialidades, una para uso externo y otra para administrarla al interior. La prensa italiana encomia sus buenos resultados contra la tos ferina.

P. MOLINA F.

LOS MILLONES DE DOLARES QUE HAN PASADO LA FRONTERA MEXICANA EN CONTRABANDO

El Dr. P. R. Altendorf, que fue miembro del Departamento de Información Militar de los Estados Unidos, calcula en veinte millones de dólares el valor de las cosas que anualmente pasan de contrabando por la frontera américo-mexicana. De esa suma 14 millones corresponden a efectos de comercio que se sacan clandestinamente de los Estados Unidos y 6 millones de municiones y pertrechos de guerra que llegan a mano de Carranza, de Villa, y de otros revolucionarios.

Un agente villista en San Antonio. Texas, todavía está aguardando una consignación de 30 millones de dólares que le enviaría el Dr. P. Amagany. Entiéndase que el referido doctor no es otro que Altendorf, que abrió sus negociaciones con el agente de San Antonio para obtener informes respecto al contrabando.

60 por ciento de la armas que usa Villa son llevadas clandestinamente de los Estados Unidos; el 40 por ciento restante lo compra a los carrancisas. No osbtante, Altendorf calcula que sí el 60 por ciento se suprimiera, Villa tendria forzosamente que suspender sus operaciones.

"Hay un americano que fue agente del cónsul mexicano, Garza, en Brownsville, Texas, y también agente confidencial de Carranza, y que también en cierta ocasión fue agente de von Eckhardt, el Embajador de Alemania en México. Al servicio del embajador compró $36.000 de niquel el 22 de agosto de 1917 para evitar que el metal cayera en mano de los americanos. El 14 de diciembre de 1918, llegó a Bronwnsville, pujándole al Coronel Chapa, revolucionario, un lote de municiones y rifles que valían $4.000.

"Ese mismo individuo fue el causante de la matanza de Carrizal, el 21 de junio de 1916, en la que perdieron la vida dos oficiales americanos y trece soldados, saliendo veinte y tres heridos. Por entonces los carrancistas estaban escasos de munoícione, y no habrían podido efectuar el ataque si este americano no hubiera comprado y remitido a México pertrechos por valor de $'65.000. Es un hombre especialmene peligroso, porque estando en el servicio consular mexicano se le permite ir y venir como se le antoja.

"Los indios yaquis compran en

los Estado Unidos, y pasan de contrabando por la frontera, $80.000 hasta $100.000 de municiones por año.

"A los yaquis se les permite comprar cien cartuchos cada vez; pero no se ha fijado el límite del número de veces que un individuo puede comprar esos cien cartuchos. Todos los grandes almacenes próximos a la frontera tienen considerables existencias de armas y municiones, de modo que es cosa muy sencilla proveerse con tal que se tenga paciencia. Los yaquis se hallan bien armados con rifles de último modelo, y siempre disponen de suficiente munición. En 1918, once yaquis fueron cogidos en el acto del contrabando. Se les condenó a prisión, pero por lo general nada pasa.

"Carranza tiene un agente en Bronwsville que envió 390.000, cartuchos a su superior en una sola vez. Villa es probable que se encuentre un poco escaso ahora pues en marzo del presente año, su esposa empeñó sus joyas en San Antonio por $4.800, y empleó ese dinero en comprar municiones. Temo que haya causado a Villa algún inconveniente en la obtención de pertrechos, pues he dado parte a las autoridades correspondientes de muchos de sus planes. En noviembre de 1918 presenté un informe particular respecto al proyecto que tenía Villa de introducir.... $500.000 en bullion de plata, haciéndola pasar por la frontera cerca de Candelaria, Texas, el 11 de diciembre, para entregarla a un agente americano que pagaría con un envío de municiones. Se puso vigía y Villa no logró hacer pasar la plata hasta fines de enero de 1919.

"Las municiones de guerra no constituyen el único artículo que pasa por contrabando la frontera. Por una parte, muchos automóviles robados llegan a México sin pagar derechos de aduana. En el lado mexicano de la frontera se puede conseguir un carro que vale dos mil dólares, p o r $600. María Haas conocida espía alemana y su cómplice, María Wilkinson, en mayo de 1918, hicieron pasar la frontera de $8.000 a $9.000 de mercaderías sujetas a derecho sin pagar un centavo, y las entregaron a unas casas alemanas de México que figuraban en la lista negra. En enero de 1918, hicieron pasar por contrabando efectos valuados en $4.000 por la frontera sin pagar derechos.

"Grandes cantidades de opio han pasado igualmente la frontera. Llegan a los puertos de la costa occidental de México en buques japoneses; se desembarcan en territorio azteca de pequeñas embarcaciones mexicanas y de allí toman el camino a la frontera. Yo informé que un contrabandista mexicano de opio, que fue cogido en las afueras de Nogales, llevaba 4.500 libras de dicho narcótico en un camión. La cocaína y la morfina también pasan por contrabando. Los alemanes pusieron especial atención en el contrabando de drogas al Kelly Field, campo de aviación situado cerca de San Antonio, durante la guerra, con la idea de acabar con la fuerza aviatriz americana; pero no lograron su objeto. Sin embargo, hay mucho dinero en opio. Las sedas vinieron por la misma ruta, de China y el Japón.

"También hay un gran contrabando de licor en la frontera. El tequila, que se saca por destilación del pulque, trae una cotización de $8 el cuarto de galón, y pasa clandestinamente con relativa facilidad.

"Hay otra clase de efectos que llegan por contrabando a los Estados Unidos, las joyas robadas a casas de acaudalados mexicanos o de extranjeros que viven en México; en muchos casos el robo ha sido precedido de asesinato. En no pocas veces, las joyas se reciben por rescate de personas raptadas. Todo esto parece que llega al territorio estadounidense. San Antonio está lleno de montepíos atestados de joyas. Los mexicanos venden valiosas joyas en los talleres de barbería, en las estaciones de ferrocarril y hasta por las calles.'

CARTA QUE DIRIGIO EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR

a la prensa nacional, a propósito del abuso que de ella se esta cometiendo por escritores novicios.

A propósito del abuso de la libertad de imprenta, el Presidente de la vecina República allende el Paz, dirigió una carta concebida en los siguientes términos, al Director del Diario del Salvador:

En medio del oleaje de las pasiones políticas, fuertemente agitadas con motivo de la pasada campaña electoral, espero de los adversarios del régimen político actual una confesión consoladora a mi espíritu: después de muchos ensayos infructuosos, el gobierno actual sí ha cumplido la solemne promesa que hiciera al país de respetar, libre de toda cortapisa oficial, la libertad de la prensa.

Al amparo de esa irrestricta libertad, apoyada y robustecida por la opinión de todos los miembros del gabinete de gobierno, se han lanzado a la publicidad muchos periódicos de oposición, de carácter diso-

ciador, unos, de tendencias anarquistas, otros y apenas uno o dos con miras patrióticas y elevadas.

La calumnia y la injuria se han esgrimido hasta la saciedad. Ni la vida privada se ha escapado a la pluma irrespetuosa de algunos escritores; y el noble ministerio de la prensa se ha convertido en tribuna de difamación y de escándalo.

Atento a las manifestaciones de la pública opinión, pocas, poquísimas veces, he encontrado la crítica serena, el comentario doctrinario y la sátira ingeniosa. Pareciera que hubiéramos roto los diques de nuestra cultura y caballerosidad, presentando un espectáculo triste a los espíritus patriotas, que anhelaban cimentar nuestra vida republicana.

Quizá el desborde sea obra del poco ejercicio de esa libertad; tal vez el penoso ensayo de vida cívica después de algunos eclipses; pero, de todos modos, toca a los representativos de la prensa nacional coadyuvar al implantamiento definitivo y eficaz de esa preciosa libertad, prestando al gobierno su valioso concurso para alcanzar ese alto desideratum, en el cual está empeñado mi deber de ciudadano, y mi orgullo de Mandatario.

Si los grandes diarios cedieran algunas columnas para la amplia y doctrinaria discusión de los problemas nacionales, aquella halagadora finalidad se alcanzaría. El público, ávido de lectura sana e intructiva, alejaría su mirada del periódico procaz y disociador, concentrando su atención en estudios serenos, patrióticamente inspirados, que llevan al pie firmas de reconocida responsabilidad. Y con el trascurso de los días mediante el apoyo eficiente de las grandes empresas periodísticas, el gobierno habrá realizado su anhelo de cimentar la libertad de imprenta sobre bases sólidas, como corresponde a un país que tiene conquistadas honrosas ejecutorias en otros campos de la actividad.

No demos ya el triste espectáculo de malgastar el tiempo barajando nombres. Ahondemos nuestros problemas sociales, políticos, administrativos, internacionales, de educación, etc., etc., desde una región elevada propicia a la difusión de las luces y al convencimiento.

Me permito excitar a usted a que se digne colaborar en esta obra patriótica, que de seguro tendrá el beneplácito de nuestros hombres pensadores, cualquiera que sea su orientación política. Con toda consideración etc. **Jorge Meléndez.**

El mencionado Diario del Salvador comenta la carta del Persidente en esta forma:

"El peor enemigo de la libertad de imprenta es el abuso que de ella se hace, y los periódicos que la conculcan cavan su propia fosa", dijo en cierta ocasión en esta capital el doctor don Pablo Buitrago, de esclarecida memoria; y hay en estas sentenciosas palabras del ilustre nicaragüense, en síntesis admirable, un tesoro de sabiduría política y de social experiencia. Y las hemos recordado al leer la carta que el Presidente de la República acaba de dirigirnos a los directores de los diarios salvadoreños, en la cual lamenta que "al amparo de la irrestricta libertad de la prensa, apoyada y robustecida con la opinión de todos los miembros del gabinete de gobierno, se hayan lanzado a la publicidad muchos periódicos de oposición, de carácter disociador, unos, de tendencias anarquistas, otros, y apenas uno o dos con miras patrióticas y elevadas." Antes de seguir adelante, cúmplenos reconocer que no estamos, pues, tan mal, como parece, si hay entre las nuevas hojas periódicas una o dos que se inspiran en patrióticas y elevadas miras, lo cual prueba que en el seno de la colectividad inteligente del país existen elementos capaces de ejercer con decoro el magisterio de la prensa, elementos dignos de estímulo social y del aprecio de los poderes públicos, porque están echando los fundamentos del periodismo independiente y de nobles arrestos para la crítica política y administrativa.

Y no negamos la razón al Jefe del Estado, cuando ve con pena que al favor de la libertad se cometen los desafueros que señala en los conceptos trascritos en el páfarro anterior y en otros de su carta; pero es del caso observar, que en los periódicos abusivos se cumplirá, al fin y a la postre, la sabia sentencia del doctor Buitrago, y que además, tan lamentables desbordes por sí solos se desacreditan y no ejercen imperio en la san aconciencia pública.

Ha acontecido en esto de la libertad de la imprenta que ahora vemos, que después de tantos años que estuvo aherrojada, se ha salido de madre, por decirlo así, el entusiasmo es muy plausible en la vida cívica de un pueblo. Las ideas o los sentimientos, cuando se los abraza con indifeerncia, corren el riesgo de languidecer, con lo que perderían esa fuerza comunicativa que, sólo ella, puede tornar eficaz la propaganda periodística. No iremos, por consiguiente, contra ol que, a nuestro juicio es una condición de vida de toda empresa, así sea política o de otra índole. Pero, mientras el entusiasmo es una virtud engendradora de actitudes vigorosas y saludables, la pasión constituye, a menudo el gérmen de violencias, injusticias, aberraciones y otros pecados peligrosos para la sociedad, entre ellos el anarquismo, cuyas perversas doctrinas no han dejado de practicar algunos de los periódicos nacidos al calor de la libertad de imprenta entre nosotros.

Por eso la exaltación desmedida del ánimo de las cruzadas políticas y todo aquello que hiere la honra de las personas y propende a romper la social armonía, debe ser contenido como si se tratara de algo que por ser excesivo, se torna en inconveniente. Mas vana pretensión sería, desde luego, querer desterrar todo encendido ardor; y creemos que

eso no es el intento del Presidente de la República, ni eso busca la incitación nuestra a que se haga digno y buen uso de de la libertad de imprenta. A lo que él invita, según deducimos de los términos de su carta, es a que la prensa no sea "tribuna de difamación y escándalo", a que no se rompan los diques de la cultura y la caballerosidad, y empleen la pluma los escritores públicos en la crítica serena, en el comentario doctrinal, y en todo aquello que, siendo del dominio público, debe ser tratado con espíritu de verdad, patriotismo y justicia. Y a lo que invitamos nosotros, además de eso, a que el Presidente invita no es a que los periodistas realicen el milagro de hacer a un lado sus pasiones, sino, simplemente, a que quieran, al menos, domeñarlas con la fuerza de la educación, y a que obedeciendo el mandato de un patriotismo que no sea de similor, se pongan al servicio de los intereses nacionales, tan múltiples y tan importantes, y a los cuales, por estar en sagrada altura, debe llegarse con un corazón sin odio y con una mente colmada de serenas razones. Por una parte, interesa a la bienandanza de los asuntos públicos, que el gobierno y las demás autoridades atiendan las indicaciones de los periódicos y satisfagan la voluntad de la opinión pública por medio de ellos expresada; pero parécenos que no sucede así actualmente, porque la forma irritante y descomedida en que se hacen las indicaciones y se expresan los deseos, quizás desvirtúa la fuerza del derecho o hace sospechoso el móvil del requerimiento. No hay que olvidar, pues, que mucho vale para obtener justicia y enderezar lo que anda mal, demandarlo con calmado razonamiento y muy buenas y cultas frases, sin ira y sin odio.

(Continuará).

INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA

Itinerario en vigor desde el día 1º de octubre de 1916.

GUATEMALA A AYUTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
,, ,,	Morán	8.05 ,,
,, ,,	Laguna	8.15 ,,
,, ,,	Amatitlán	8.38 ,,
,, ,,	Palín	9.03 ,,
,, ,,	San Fernando	9.35 ,,
,, ,,	Escuintla	10.15 ,,
,, ,,	Santa María	10.40 ,,
,, ,,	Obispo	11.16 ,,
,, ,,	Pantaleón	11.31 ,,
,, ,,	Santa Lucía	11.40 ,,
,, ,,	Buena Vista	12.05 p. m.
Llega a	Patulul	12.40 ,,
Sale de	,,	1.10 ,,
,, ,,	Guatalón	1.35 ,,
,, ,,	Nahualate	2.00 ,,
,, ,,	Palo Gordo	2.20 ,,
,, ,,	Mazatenango	2.55 ,,
,, ,,	Cuyotenango	3.15 ,,
,, ,,	Muluá	3.33 ,,
,, ,,	San Sebastián	3.38 ,,
,, ,,	Retalhuleu	3.51 ,,
,, ,,	Las Cruces	4.16 ,,
,, ,,	San Miguelito	4.41 ,,
,, ,,	Santa Joaquina	5.06 ,,
,, ,,	Coatepeque	5.36 ,,
,, ,,	Pajapita	6.26 ,,
Llega a	Ayutla	7.00 ,,

AYUTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Ayutla	6.00 a. m.
,, ,,	Pajapita	6.30 ,,
,, ,,	Coatepeque	7.20 ,,
,, ,,	Santa Joaquina	7.45 ,,
,, ,,	San Miguelito	8.10 ,,
,, ,,	Las Cruces	8.35 ,,
,, ,,	Retalhuleu	9.05 ,,
,, ,,	San Sebastián	9.13 ,,
,, ,,	Muluá	9.23 ,,
,, ,,	Cuyotenango	9.38 ,,
,, ,,	Mazatenango	10.08 ,,
,, ,,	Palo Gordo	10.33 ,,
,, ,,	Nahualate	10.53 ,,
,, ,,	Guatalón	11.18 ,,
Llega a	Patulul	11.43 ,,
Sale de	,,	12.10 p. m.
,, ,,	Buena Vista	12.45 ,,
,, ,,	Santa Lucía	1.10 ,,
,, ,,	Pantaleón	1.20 ,,
,, ,,	Obispo	1.37 ,,
,, ,,	Santa María	2.15 ,,
,, ,,	Escuintla	2.45 ,,
,, ,,	San Fernando	3.15 ,,
,, ,,	Palín	3.48 ,,
,, ,,	Amatitlán	4.13 ,,
,, ,,	Laguna	4.36 ,,
,, ,,	Morán	4.46 ,,
Llega a	Guatemala	5.45 ,,

GUATEMALA A SAN JOSE

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
Llega a	Escuintla	10.10 ,,
Sale de	,,	1.40 p. m.
,, ,,	Santa María	2.15 ,,
,, ,,	Naranjo	2.41 ,,
,, ,,	Obero	3.05 ,,
Llega a	San José	3.30 ,,

SAN JOSE A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	San José	9.15 a. m.
,, ,,	Obero	9.45 ,,
,, ,,	Naranjo	10.10 ,,
,, ,,	Santa María	10.40 ,,
Llega a	Escuintla	11.10 ,,
Sale de	,,	2.45 p. m.
Llega a	Guatemala	5.45 ,,

GUATEMALA A ESCUINTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.	2.00 p. m.
,, ,,	Morán	8.05 ,,	3.10 ,,
,, ,,	Laguna	8.15 ,,	3.30 ,,
,, ,,	Amatitlán	8.38 ,,	4.13 ,,
,, ,,	Palín	9.03 ,,	4.45 ,,
,, ,,	San Fernando	9.35 ,,	5.23 ,,
Llega a	Escuintla	10.10 ,,	5.55 ,,

ESCUINTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Escuintla	6.00 a. m.	2.45 p. m.
,, ,,	San Fernando	6.40 ,,	3.15 ,,
,, ,,	Palín	7.25 ,,	3.48 ,,
,, ,,	Amatitlán	8.10 ,,	4.13 ,,
,, ,,	Laguna	8.45 ,,	4.36 ,,
,, ,,	Morán	9.00 ,,	4.46 ,,
Llega a	Guatemala	10.20 ,,	5.45 ,,

SAN ANTONIO A RETALHULEU

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Antonio	6.00 a. m.
,, ,,	Palo Gordo	6.25 ,,
,, ,,	Mazatenango	7.10 ,,
,, ,,	Cuyotenango	7.32 ,,
,, ,,	Muluá	7.56 ,,
,, ,,	San Sebastián	8.03 ,,
Llega a	Retalhuleu	8.10 ,,

RETALHULEU A SAN ANTONIO

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Retalhuleu	2.30 p. m.
,, ,,	San Sebastián	2.38 ,,
,, ,,	Muluá	2.48 ,,
,, ,,	Cuyotenango	3.15 ,,
,, ,,	Mazatenango	4.05 ,,
,, ,,	Palo Gordo	4.30 ,,
Llega a	San Antonio	4.50 ,,

RETALHULEU A CHAMPERICO

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Retalhuleu	8.20 a. m.
,, ,,	Las Cruces	8.51 ,,
,, ,,	Caballo Blanco	9.06 ,,
Llega a	Champerico	10.15 ,,

CHAMPERICO A RETALHULEU

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Champerico	11.30 a. m.
,, ,,	Caballo Blanco	12.35 p. m.
,, ,,	Las Cruces	12.50 ,,
Llega a	Retalhuleu	1.25 ,,

SAN FELIPE A MULUA

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Felipe	7.00 a. m.	1.30 p. m.
,, ,,	Casa Blanca	7.12 ,,	1.42 ,,
,, ,,	San Andrés	7.25 ,,	1.55 ,,
Llega a	Muluá	7.50 ,,	2.20 ,,

MULUA A SAN FELIPE

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Muluá	9.30 a. m.	3.45 p. m.
,, ,,	San Andrés	10.00 ,,	4.15 ,,
,, ,,	Casa Blanca	10.20 ,,	4.35 ,,
Llega a	San Felipe	10.35 ,,	4.50 ,,

AYUTLA A OCOS

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ayutla	7.10 p. m.
Llega a	Ocós	7.50 ,,

OCOS A AYUTLA

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ocós	5.10 a. m.
Llega a	Ayutla	5.50 ,,

Itinerario de Trenes en la División del Atlántico que regirá desde el 15 de marzo de 1917.

De Guatemala a Puerto Barrios

Sale de	Guatemala	7.00 a.m.
,, ,,	Fiscal	7.59 ,,
,, ,,	Agua Caliente	8.26 ,,
,, ,,	Sanarate	9.37 ,,
,, ,,	Estrada C.	10.02 ,,
,, ,,	Progreso	10.32 ,,
,, ,,	Rancho	11.02 ,,
,, ,,	Jícaro	11.25 ,,
,, ,,	Cabañas	11.47 ,,
,, ,,	Reforma	12.06 p.m.
Llega a	Zacapa	12.41 ,,
Sale de	Zacapa	1.06 ,,
,, ,,	Gualán	2.20 ,,
,, ,,	Santa Inés	3.10 ,,
,, ,,	Los Amates	3.30 ,,
,, ,,	Quiriguá	3.41 ,,
,, ,,	Montúfar	4.16 ,,
,, ,,	Virginia	4.33 ,,
,, ,,	Morales	5.01 ,,
,, ,,	Darmouth	5.17 ,,
,, ,,	Cayuga	5.34 ,,
,, ,,	Tenedores	5.51 ,,
Llega a	Puerto Barrios	6.40 ,,

De Puerto Barrios a Guatemala

Sale de	Puerto Barrios	6.40 a.m.
,, ,,	Tenedores	7.29 ,,
,, ,,	Cayuga	7.46 ,,
,, ,,	Darmouth	8.05 ,,
,, ,,	Morales	8.23 ,,
,, ,,	Virginia	8.50 ,,
,, ,,	Montúfar	9.06 ,,
,, ,,	Quiriguá	9.45 ,,
,, ,,	Los Amates	9.55 ,,
,, ,,	Santa Inés	10.14 ,,
,, ,,	Gualán	11.07 ,,
Llega a	Zacapa	12.16 p.m.
Sale de	Zacapa	12.41 ,,
,, ,,	Reforma	1.15 ,,
,, ,,	Cabañas	1.34 ,,
,, ,,	Jícaro	1.56 ,,
,, ,,	Rancho	2.25 ,,
,, ,,	Progreso	2.57 ,,
,, ,,	Estrada C.	3.27 ,,
,, ,,	Sanarate	3.54 ,,
,, ,,	Agua Caliente	5.05 ,,
,, ,,	Fiscal	5.37 ,,
Llega a	Guatemala	6.40 ,,

De Guatemala a Ciudad Estrada C

Sale	Guatemala	Diario	7.05 a.m.
,,	,,	,,	7.15 ,,
,,	,,	,,	9.00 ,,
,,	,,	,,	12.05 p.m.
,,	,,	,,	2.00 ,,
,,	,,	,,	4.00 ,,
,,	,,	,,	5.55 ,,
Sale de	Estrada C.	Diario	7.22 a.m.
,,	,,	,,	9.17 ,,
,,	Pamplona	,,	10.10
,,	Estrada C.	,,	1.25 p.m.
,,	,,	,,	4.17 ,,
,,	Pamplona	,,	5.35 ,,
,,	Estrada C.	,,	6.12 ,,

DOMINGOS SOLAMENTE

Sale de	Guatemala	3.00 p.m.
,,	,,	5.00 ,,
Sale de	Estrada C.	3.17 p.m.
,,	,,	5.17 ,,

J. H. CLEGG,
Superintendente de Transportes.

R. M. LEECH,
Superintendente General.

A. CLARK.
Gerente General